

Gerardo Maloney

Cuentos Étnicos



EDITORIAL FORMATO 16

Gerardo Maloney

***Cuentos
Étnicos***

Editorial Formato 16



Cuentos Étnicos

© Gerardo Maloney

© Primera edición, octubre 2015

© Editorial Formato 16

ISBN 978-9962-5570-0-5

Levantado de texto:	Tiara Weeks
Corrección de estilo:	Marifeli Domínguez
Asesor de diseño gráfico:	Cándido Jordán Anria
Diagramación y diseño de portada :	Stephanie Ramos
Imagen de Portada:	Annick Hasaerts
Impresión:	Artpia Impresores
Tiraje:	300 ejemplares
	Panamá, Rep. de Panamá 2015

Prohibida su reproducción total o parcial,
por los medios que fueren, sin autorización del autor.

Contenido

CUENTOS ÉTNICOS

	Presentación	5
	Introducción por <i>Dr. Ian Isidore Smart</i>	9
I.	Franky.....	25
II.	Panamá Chaly.....	41
III.	Shaty.....	45
IV.	El Odio.....	47
V.	Los voluntarios.....	53
VI.	Lito.....	59
VII.	Ceferino Rodríguez.....	69
VIII.	Los sentenciados.....	71
IX.	Jay Best.....	75
X.	El parto.....	77
XI.	Mista Williams.....	81
XII.	Nueve de Enero.....	83
XIII.	Arteaga.....	87
XIV.	Viaje astral.....	91
XV.	Matías.....	97
XVI.	Muisne.....	101
XVII.	El General y la Dama Olorosa.....	109

Presentación

Hace algunos años, ordené en forma de libro, estos textos, escritos en diferentes momentos y lugares durante la etapa más joven de mi vida. México, el Caribe, Ecuador y naturalmente Panamá.

La idea era someterlo al Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró, en la sección cuento. Quise antes de dar ese paso, verificar si valía la pena, y le solicité a la profesora y escritora Mariafeli Domínguez que los revisara. Cuando me los devolvió confieso que tenían mayor valor literario, técnicamente hablando. Le puse un seudónimo y los envié al Miró. Después que me lo devolvieran sin pena ni gloria, los extravié entre un monto de escritos inéditos que conservo en mis archivos personales.

Hace un par de meses, tropecé con ellos, y decidí leerlos cuidadosamente, porque se trataba de leerme a mí mismo, ahora con algunos años de diferencia. Esa es la ventaja que tiene la palabra escrita, no nos deja mentir, nos retrata en cuerpo entero, en pensamiento, emociones y sentimientos...ayer, hoy y mañana.

Me pareció interesante, el contenido de estas historias, algo real, algo ficción. Le solicité a la licenciada Tiara Weeks, que volviera a transcribir el documento original (escrito en una máquina de escribir) a una versión digital moderna. Ella lo hizo con tan buen humor, que después me hacía comentarios, sobre alguno de los personajes y acontecimientos centrales de los cuentos, lo que me indicaba que las historias la habían hecho reaccionar.

La lectura de los escritos, ahora con el camino recorrido y la conciencia adquirida, me hacían entender con claridad que los cuentos expresaban mi manera particular de entender el mundo, de articular mi experiencia cotidiana a mi identidad como afropanameño, con todo lo que eso significa. Fue por eso que decidí llamar al libro “**Cuentos étnicos**”. Diecisiete historias diferentes constituyen el cuerpo de la obra. Historias que, aunque comunes, por su contexto popular y étnico, no se parecen una a la otra. Quizás por esto, opté por publicarlo, por darle a conocer los mensajes contenidos en las historias del libro, a la gente, a los protagonistas, antes de pretender nuevamente el premio, la consagración del Concurso Nacional de Literatura.

Debo agradecer al Dr. Ian Isidore Smart profesor de Literatura de la Universidad de Howard (USA) y unas de las figuras intelectuales más destacadas del Caribe, por su análisis introductorio al libro. Su perspectiva africanista le otorga en parte el sentido ideológico y cultural de los Cuentos Étnicos.

Cuentos étnicos, es otro de mis esfuerzos de rescatar nuestra memoria histórica, de dejar plasmado nuestros

sentimientos más íntimos frente a la realidad del mundo, de una época; frente a nuestras circunstancias como pueblo con identidad y cultura propia; y frente a nosotros mismos, como individuos, y como sujetos históricos.

Cuentos étnicos es la recreación de la lógica de la vida, envuelta en los recuerdos y fantasías de nuestra niñez, los deseos no alcanzados que se convierten en sueños; las aspiraciones y los ideales de justicia, que nos guían en ocasiones en la ruta impuesta por los hombres y las sociedades. Es la lógica de la vida, hecho a veces paradoja de lo absurdo, ironía del azar. Los amores, los rencores, las injusticias, los triunfos y las derrotas, las huellas que nos deja a cada uno el verdadero verdugo... el tiempo.

El autor

Gerardo Maloney F.

Panamá, 2015

Introducción

Cuentos étnicos, una expresión humanista para el siglo XXI

Gerardo Maloney va al grano en su “Presentación”; se trata de una colección de “textos, escritos en diferentes momentos y lugares durante la etapa más joven de mi vida: México, el Caribe, Ecuador y naturalmente Panamá.” Proclama el autor que “el contenido” de sus historias tiene “algo real, algo de ficción.” Afirma luego que: “los cuentos expresaban mi manera particular de entender el mundo, de articular mi experiencia cotidiana a mi identidad como afropanameño, con todo lo que eso significa. Fue por eso que decidí llamar al libro “Cuentos étnicos. ”Y en el cuento introductorio, “Franky,” se presenta de inmediato el discurso del afrocentrismo mediante el contacto con el personaje principal con el narrador en primera persona: “Franky nació en Pedro Miguel un poco después de la segunda guerra mundial”(27). Maloney nació en esa misma época..

Quién es este Franky? Pues es precisamente un “tipo extraño, que no se ceñía a las reglas del juego, que él bien conocía pero que despreciaba porque las consideraba una trampa segura, impuesta allí por el hombre blanco, por

los amos del mundo, a la inmensa mayoría, los que no se dan cuenta de lo que en realidad está ocurriendo” (26-27). Y Franky revela claramente que la supremacía blanca es una trampa, invirtiendo de arriba para abajo la realidad histórica de que africanos del Valle del Nilo establecieron la primera gran civilización humana y la base de toda civilización y esto ocurrió en una época remota, miles de años anteriores a toda otra civilización, y cuando de hecho el resto de los seres humanos eran aún bárbaros. Y el sistema Jim Crow de los norteamericanos es uno de los instrumentos más diabólicamente eficaces para mantener esta vil mentira:

el Barrio de los zonian blancos, que estaba separado justamente por el campo de juego de la comunidad negra de La Boca. En el camino se detuvieron en un árbol lleno de mangos. Por fin comerían mangos de Balboa, estaban convencidos que siendo de Balboa serían mejor, el pasto era más verde y parejo, las calles eran más limpias, los edificios eran mejores, los Club House eran mejores, los comisariatos eran mejores, el cine era de cemento y tenía aire acondicionado, el estadio era más grande y tenía luces, todo en Balboa era mejor, por eso ellos no podían vivir allí, desde pequeños se lo habían escuchado decir a sus abuelos, tíos, vecinos, maestros y parientes. (32)

En “Lito” se ve que la hegemonía blanca es el tejido mismo de la sociedad cuando se presenta como comprobación del gran éxito del negocio de un tal Don Lencho el hecho de que este “al poco tiempo se compró una casa por San Francisco de la Caleta, contrató a una especialista que se lo amueblara, se consiguió una rubia extranjera de la Villa Amor” (65). El personaje principal del cuento, “Jay Best” a primera vista parece haber superado los efectos de la opresión racista dado que la última frase

es: "Hasta que con el tiempo se fue olvidando que Jay Best y Bienvenido eran hijos de la misma mujer, y hoy Bienvenido firma una columna inteligente en los diarios, sin que nadie se acuerde ni le importe de qué color es su piel" (76). Pero al fijarse bien, el lector se da cuenta que como Jay / Bienvenido es locutor de radio y escritor de comentarios periodísticos, el público no lo ve! Así que en su caso ha podido eludir el problema de ser negro El ha superado porque la supremacía blanca no viene al caso: él no habla en negro de verdad y ciertamente no escribe en negro de verdad.

El cuento "Viaje astral" presenta un aspecto del racismo que afecta específicamente a los negros antillanos.

Ni Cordelia, ni la mayoría de los muchachos negros antillanos, entendían bien la cosa, porque a pesar del rechazo al inglés, tenían entre sus asignaturas una materia que era inglés, enseñada por un tipo Ramírez que no hablaba inglés como hablaban los gringos, y tampoco lo hablada como lo hacían sus padres para comunicar y nombrar todas las cosas. Además, recordaba que cuando salía los sábados con su madre a la Avenida Central y entraba a un almacén, los vendedores ofrecían las cosas en inglés y los Indostanes preguntaban, "What you want?"

Cordelia vivía en Calidonia, atrás del edificio de al lado del Teatro Victoria. Y sabía entonces que en todas los cines, la gente en la películas hablaban siempre inglés y que nadie podía asociarlos ni sentirles el olor a grajo. Algo le pareció que no tenía sentido. (92-93)

No es que no tuviera sentido, más bien tiene mucho sentido dado que la ideología gobernante de la civilización occidental es la supremacía blanca.

La hegemonía blanca rige en la misma iglesia católica, institución fundamental de la sociedad. En el cuento "El

general y la dama olorosa” por lo que parece normal que el cura sea “del mismo color blanco de su sotana” (114).

Es durante su estadía en Brooklyn que Franky profundizó su conciencia negra, desarrollando una perspectiva universal, de hecho pan-africanista: “Por eso Franky se metió de lleno en la realidad del pueblo negro que vivía en el Ghetto y se hizo de una conciencia negra tan profunda como los cinco siglos de opresión en que han vivido los negros del mundo” (39). La situación del negro frente al sistema queda bien analizada, perspicazmente presentada, muy al día, universalmente americana. El negro y el sistema penal está bien explicada por la escritora Michelle Alexander en *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*.

El tema de la brutalidad policial es algo que nos preocupa grandemente hoy en día, pero es nada más un aspecto de la dominación blanca, como Lito lo ve claramente: “Todos comentábamos desde entonces lo mismo: los hijos de los rabiblanco, de la gente de dinero, por regular caminan...no corren; no hay nada ni nadie que los persiga...Pero, bueno, así es la vida” (66).

Esto se explica bien en “Muisine” cuando Pancho el personaje principal se encuentra en la cárcel:

Al tercer día de los treinta que tenía que cumplir, escuchó a un camarada de celda cuando filosofaba en voz alta:

“Lo mejor es meterse a la policía o al ejército, así nunca se tiene problemas con la ley, porque uno se convierte en la ley y como la ley nunca se aplica al que la ejerce, entonces, uno se vuelve algo así como un legislador o diputado, inmune. Uno entonces cubierto con el uniforme, puede pecar, cometer cualquier fechoría, porque nadie va a pensar que uno, representando la ley, es el primero en quebrarla, y al final de cuenta, si a uno lo sorprenden es la palabra de la ley, y esa

no puede discutirse, porque la ley debe ser siempre la razón, la ley es siempre la verdad. Y como esa mentira tiene que mantenerse siempre como la verdad, aunque los superiores comprueben que uno cometió una fechoría, entonces lo único que hacen es ponerle a uno dentro de los cuarteles algunas sanciones leves, porque hay que cuidar la imagen de la ley, y si a uno lo botan, todo el mundo se daría cuenta de la mentira, así es que, lo mejor es ponerse un uniforme."

El razonamiento del otro preso le pareció tan lógico y atractivo que le quedó dando vueltas en la cabeza, y ni siquiera se dio cuenta de cómo y cuándo habían transcurrido los 27 días restantes de su cautiverio. (106).

Esto se confirma en el cuento "El general y la dama olorosa." El general está por encima de las leyes: "Manejó lento y sereno, haciendo poco caso a las luces rojas. Su rostro era tan conocido que nadie protestó, al contrario después de sus primeras reacciones la gente le enviaba una sonrisa de respeto y admiración" (113).

Pero tenemos que aceptar nuestra responsabilidad, la opresión sistemática no existe sin la complicidad de los negros, manifestada básicamente por el odio a sí mismo, como el joven Kwame Toure explicó mediante su dicho, "Black hates Black." Tal es el odio de "El odio," cuento que presenta el trágico caso de dos negros panameños. El cuento empieza: "Pedro y George habían sido vecinos por más de cincuenta y cinco años... ¡Como es la vida! Ninguno de los dos se lo había propuesto, pero allí estaban, uno al lado del otro, aunque separados por un conflicto heredado de sus propios abuelos. Ninguno de los dos sabía, ni encontraba razón para el odio que se tenían, pero allí estaba" (47). George era del grupo de los negros antillanos y Pedro, de los negros coloniales que

habían habitado Cartagena: “Estos negros cartageneros y los antillanos desarrollaron un odio visceral entre ellos porque los negros de Cartagena no les gustaban que los confundieran con los jamaicanos” (48). Estas diferencias cultivadas por el colonizador europeo cristalizó en una brutal confrontación entre colombianos y jamaicanos que:

derivó en una riña, que se amplió a tal extremo que casi se convirtió en una guerra civil, en que colombianos armados y antillanos con machetes, cuchillos y algunos rifles, tuvieron un enfrentamiento que duró varios días, cobró varias vidas, y se llevó de refilón el ojo izquierdo del abuelo de Pedro. Y como nunca se supo, como ocurre en todas las guerras, quien había sido el responsable, los colombianos culparon a los jamaicanos de haberle sacado el ojo al abuelo de Pedro.

Y la duda la fueron transmitiendo de generación tras generación. (49-50)

Maloney domina el arte de narrar con una prosa económica, que golpea, que arranca una reacción emotiva, que nos hace sentir, inclusive vibrar con la sensación, efecto precisamente de la imagen poética según Carlos Busoño. El cuento termina así:

Finalmente sucedió lo que tenía que ocurrir. Pedro llegó ese día tarde en la noche a su cuarto y encontró en la puerta una iguana muerta tirada en el piso. Eso era como una bofetada con guante blanco. Entró a buscar su machete, que desde años mantenía bien afilado, pero el odio le desbordó los sentidos y la sangre fluyó intensa entre sus venas, tanto que el organismo no pudo resistir tanta presión y Pedro cayó muerto de odio, paralizado el corazón.

George despertó con el ruido que produjo el cuerpo de Pedro al desplomarse en el patio. Y de un salto quedó afuera

en el patio. Nunca había sentido por Pedro tanto odio como el que sentía ahora. (51)

Se ha inventado genialmente un personaje “histórico,” Willy Lynch, para servir de representativo concreto, “de carne y hueso” digamos, de la supremacía blanca. Uno de los fundamentos estratégicos de esta manipulación ideológica es hacer que los negros se reafirmen como inferiores y en consecuencias amen, respeten y confián primariamente en los blancos. Por eso la cubana Nancy Morejón tituló uno de sus poemas, “Amo a mi amo,” exponiendo con una fuerte dosis de ironía amarga la barbarie de los blancos. Desafortunadamente, los blancos han tenido cierto éxito, dado que tantos negros no apreciamos la gran riqueza de nuestra civilización.

El encuentro de Franky, niño escolar, con la realidad más allá de los cinco sentidos es una experiencia común y corriente para los que viven con plena conciencia de las dimensiones extrasensoriales del universo. Para la clase dominante, se trata de “parapsicología.”

Un día persiguiendo una liebre, se internó en el monte y perdió los rastros del camino. Cuando vio aquel cuerpo extraño envuelto en una sábana blanca, con las manos descubriendo unas enormes uñas, salió despavorido y esa noche tuvo pesadillas.

Ninguno de sus compañeros de clases quisieron creerle cuando al día siguiente les confesó en la hora del recreo, lo que había visto. Convenció de todas maneras a los dos más incrédulos del grupo para que lo acompañaran a verificar con sus propios ojos, el misterio que había descubierto, pero nunca pudo encontrar el camino que le condujera al sitio donde había visto aquel cuerpo extraño. Desde allí la gente empezó a considerar que Franky estaba “ponchi,” que había perdido un

tornillo. (28)

El cuento: "Viaje astral" presenta el caso de una jovencita afroantillana de nombre Cordelia. Ella "era una niña bonita; tenía una piel negra y trenzas largas y gruesas" (91). Es importante que la conjunción fuera "y" y no "pero." Se cuenta que:

Un miércoles de Ceniza, Cordelia regresaba de la iglesia, con una cruz pintada en plena frente, dispuesta a no lavarse por nada la cara, hasta que la cruz desapareciera por sí sola, cuando en el camino fue detenida por una señora negra vestida de rojo, con la cabeza amarrada por un turbante. La mujer miró fijamente a los ojos a Cordelia, que no supo entender lo que empezó a sucederle en ese momento. (94)

Cordelia tiene una experiencia mística, un encuentro con el mundo más allá de los cinco sentidos. Y el cuento termina en ese universo:

Esa noche Cordelia inició su primer viaje, desde entonces nadie ha podido volver a encontrarla.

"Cordelia, you see everything...Yes, Mama. (Cordelia, puedes ver todo ahora...Sí, mamá). (95)

Matías, el personaje principal del cuento, "Matías," "era un negro educado" que tiene una relación amorosa con una mujer "convencida de los derechos humanos." Como se cuenta: "Su pasión era como una cámara de gas con paredes llenas de flores. No podía ser de otra manera, él era un negro educado, y ella una convencida de los derechos humanos." El autor presenta un detalle importante para dar una idea de cómo era esa relación: "Se dio cuenta entonces, que ella y él nunca habían hablado de

fantasmas, magia o parapsicología, y que tampoco sabía la opinión de Marta acerca de las violaciones” (98).

Lo que para la cultura moderna occidental es “parapsicología,” “fantasmas,” “realismo mágico, magia” para nosotros es la realidad sin más ni más, la realidad a secas. Por ser él un negro educado y ella de una familia de la élite—los del uno por ciento—no han tomado en cuenta esta dimensión profunda de la realidad. Somos superiores porque vivimos al tanto de una realidad más profunda. Erróneamente Malidoma Patrice Somé afirma que nosotros hemos perdido nuestro contacto con esta profundidad; pero claro que no es cierto.

El desenlace tan trágico del cuento es producto del conflicto entre las dos visiones: “Los enormes reflectores rojos caían en diferentes ángulos sobre las paredes de la casa.” Esto es la realidad para Matías. “Empezó a subir lentamente hacia el lugar y a medida que se acercaba, distinguía con más claridad las voces que parecían conversar amenamente.” Esto es la realidad para los demás. Las circunstancias lo han colocado ahora, en la tierra de nadie, entre el mundo real de la supremacía blanca y la realidad cotidiana de los “condenados de la tierra”

Maloney siendo sociólogo y a la vez hombre de letras estudia la sociedad nacional como científico social y a la vez humanista. El personaje central de “Panamá Chaly” queda aplastado por un destino horriblemente cruel: el día de su máxima suerte es el mismo día de su muerte. Es víctima, de los heraldos negros del poeta peruano César Vallejo:

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

*Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!*

Chaly tiene algo de negro antillano en su manera de hablar, pero por las apariencias es otro panameño "latino." El cuento es breve y explosivamente trágico.

"Shaty" es otra pequeña tragedia, de personas ordinarias presentada con una narración fuerte, poderosa, creando un ambiente de expectación, tensión, de gran drama pero siempre con esa nube oscura de la tragedia por venir, los heraldos negros ineludibles.

La historia de Conrado, personaje principal de "Los voluntarios" es la historia del "desesperado ingenuo" prototípico como lo expresa tan claramente Maloney con la referencia de que los de la embajada del gobierno somocista, "se dieron cuenta de que no era más que un desesperado ingenuo."

Ceferino Rodríguez es otro de "los de abajo" de la sociedad contemporánea panameña. Maloney emplea una prosa conversacional: "Dice haber llegado a la ciudad con el propósito de trabajar en unas oficinas del Gobierno" (69). Y como poeta, sabe emplear las palabras apropiadas para hacer sentir el lector una gran emoción, o sea, sus imágenes despiertan en el lector sentimientos fuertes.

"El parto" presenta la vida difícil de los pobres, "los condenados de la tierra." Y otra mirada se da en "Muisne," que empieza así:

*Pancho había tenido la misma niñez de toda la gente de la Isla. Quizás con algunas pequeñas diferencias, como quien dice: la televisión, la luz eléctrica y la máquina aplanadora.
En todo caso, se había tratado siempre de la misma rutina:*

caminar todo el día, cruzar por lo menos cinco veces a la semana, de una orilla a otra del río, comerse por lo menos dos zapotes diarios, contemplar a los mayores regar, al sol, las pepitas de cacao; encontrar a Don Pepe "jumao," en paz, sin molestar a nadie; escuchar sin comprender mucho los discursos floridos de políticos que llegan a la Isla antes de las elecciones con una enorme red, para pescar votos; o bien, aburrirse en la escuela que por olvido de las autoridades aún no ha podido tener ventanas. (101)

La rutina, la repetición tediosa, el aburrimiento reina: "De lo único que se podía acusar a la gente de Muisne es de tedio y eso no está penado por las leyes divinas" (105).

Maloney es cineasta, director de documentales bien valiosos y esto se manifiesta en su obra literaria. En "Arteaga," por ejemplo, muestra su sensibilidad a las sutilezas de la luz: "También quedaron grabados los atardeceres de rayos rojos que se filtran en todas direcciones a la plaza, corazón mismo del pueblo, diluyéndose en las noches de oscuridad apacible y tranquila envuelta en un manto de estrella" (87). El lector recuerda "Los enormes reflectores rojos caían en diferentes ángulos sobre las paredes de la casa" del cuento, "Matías." También en "Matías" se da: "a la una de la madrugada las casas eran como dibujos de niños, quebrados o inanimados."

Maloney ve las cosas con ojo de cinematógrafo. Así en "Arteaga" introduce la imagen de "aquella alberca, tan grande como un rascacielos acostado," tan fuerte e innovadora por ser tan marcadamente visual.

La trama de la narración se desarrolla de una manera que intensifica la anticipación del lector para saber cómo terminará todo. Maloney maneja bien un recurso central del realismo crítico, el de estructurar la narración para el

llamado lector macho que tiene que resolver por su cuenta el problema, el misterio por entender las indicaciones, las claves, las guías, las sugerencias de interpretación insertadas por el autor; o sea, el lector tiene que trabajar con el autor en la creación del universo de ficción. En “Matías” el lector tiene que mantenerse en suspenso hasta el último párrafo. Y aun así todo depende del esfuerzo del lector para reconstruir lo que realmente ocurrió.

“Los sentenciados” emplean un recurso asociado con la negritud, dado que el árbol se vuelve una persona. La unidad cosmológica, la idea de que todos los entes del universo se comunican entre sí, siempre ha sido una teoría fundamental de la tradición filosófica propiamente africana. Esta teoría es la base de todo sistema metafísico. Hoy en día la civilización occidental ha empezado a preocuparse con el tema de la ecología. Hasta el nuevo Papa, Francisco I, siguiendo los pasos de San Francisco de Assis se ha metido plenamente en la cuestión de la contaminación del medio ambiente. Maloney aborda el tema desde una perspectiva netamente africana. Buen narrador, experto en dramatizar: aun los árboles se convierten en personajes que dialogan entre sí.

El gran pensador del siglo XX, Frantz Fanon, señaló que la supremacía blanca ocasionó el ocaso del humanismo europeo. Las páginas finales de su obra clave, *Los condenados de la tierra*, acusan “esa Europa” de hablar tanto del “Hombre” (con “H” mayúscula)—o sea, el Hombre universal—pero a la vez de proseguir un programa de asesinar a hombres de carne y hueso en cada esquina de calle del planeta. La hegemonía blanca es el sistema ideológico que emplearon los blancos para apoderarse del planeta. La contaminación del medio ambiente es una

consecuencia directa de esta vil mentira como es también la injusticia colosal del sistema económico global.

El nuevo Papa con rico simbolismo—Francisco primero—en su primer encíclico aboga por la renovación del humanismo mediante un misticismo cristiano basado en un profundo respeto por la riqueza ecológica—nada nuevo dado que la misma palabra “naturaleza” tiene como su etimología más probable el vocablo *nTrw*, pronunciado “necheru” significando dioses, indicando el respeto profundo por la naturaleza—fundamental a la cultura africana.

Dado que la destrucción del medio ambiente es una consecuencia directa de la supremacía blanca como se pretende enfrentar el uno sin el otro? En vista de esta realidad, la negritud será la clave para la renovación del humanismo. Y Maloney sí se ha puesto en el camino apropiado para renovar el humanismo.

Próspero Iglesias—y el simbolismo del mismo nombre nos llama la atención—personaje central del último cuento es la personificación de los males del sistema gobernante de la civilización occidental. La meta, el sueño fundamental de Próspero se presenta claramente:

Cada noche, antes de conciliar el sueño, acostado y con los ojos abiertos, soñaba con el día de su gloria, ¡él en la cima!... rodeado de los altos mando, recibiendo bendiciones y saludos, con sus hombros llenos de estrellas y su pecho repleto de medallas. Pero lo que más lo estremecía era ver a las damas de mayor alcurnia rendirse ante su personalidad heroica y viril. Pensaba entonces en el color de los ojos de sus amantes, hizo mezclas infinitas de colores. Estas cosas acolchonaban su sueño y las repasaba una y mil veces. (110)

La conquista de las mujeres bonitas es su meta más importante, pero el cuento termina con el fracaso irremediable de su masculinidad

Tres meses más tarde se unían en matrimonio Patricia Vasconcellos, virgen de 28 años" –de la clase más alta, de los rabiblanco. Pero "El General tuvo que reducir a sólo veinte días su luna de miel porque las exigencias sexuales de su esposa fueron tan grandes, que entre el cansancio y los estragos del tiempo, pensó que era mejor regresar con su condenada ninfa.

...

Se sintió más viejo entonces. Se decidió por la abstinencia sexual con su mujer, y en cambio, se volvió cliente esporádico de un burdel. Patricia regresó a vivir con su madre, y su dieta sexual empezó a hacerla perder su apetito y a perder la esbeltez y hermosura de su figura.

Próspero Iglesias comprendió entonces que a los 52 años la historia de su virilidad había alcanzado su capítulo final y con ello su gloria militar. (114-115)

Este capítulo final sin esperanza anuncia el ocaso de la supremacía blanca. Su época ya ha pasado; la grandeza de sus sueños ha convertido en "tierra, humo, polvo, sombra, efectivamente, en nada" para decirlo en los términos inolvidables del maestro inmortal Góngora.

El último párrafo del primer cuento, "Franky," reza: "Pero Franky sigue viviendo, soñando que algún día los negros finalmente serían verdaderamente libres y felices, plenamente felices" (39). Se trata de un cuento moral de gran poder para nosotros y realmente para todos. Es por las páginas de la literatura que un pueblo alcanza la plenitud de su identidad. Así este cuento representa un aporte sumamente valioso para nosotros y todos los

seres humanos. De fracaso en fracaso, Franky termina destrozado casi igual al general, pero con una diferencia enorme, él “sigue viviendo, soñando.”

El cuento “Nueve de enero” termina también con el fracaso:

Ricardo se lamentaba. Me obligan a regresar a Estados Unidos. Nadie puede pasarse seis meses sin trabajo, deseando quedarse en su país, trabajar por su país.

Sentado nuevamente en el avión no lograba organizar sus emociones. Cuando el avión empezó a ascender, miró por la ventanilla y mientras observaba el Istmo que se iba quedando atrás, nuevamente una lágrima rodó por sus mejillas. (86)

Gerardo Maloney sabe bien que el camino ha sido largo y que han rodado lágrimas incontables por las mejillas de negros incontables. Sin embargo, como Franky – en cierto sentido su “alter ego” – “sigue viviendo, soñando que algún día los negros finalmente serían verdaderamente libres y felices, plenamente felices.”

Dr. Ian Isidore Smart
*Profesor titular de Literatura,
Escritor y Autor de diferentes
obras sobre Literatura y Cultura
Africana, Afrolatina y Caribeña.*

I

FRANKY

La gente cree que Franky está “ponchi”, “ñame”, cruzado de cables. Los muchachos del barrio lo vacilan cuando pasa, y las viejas antillanas comentan unas con otras que se volvió “cuco”. Era la explicación más sencilla para un tipo que todo el mundo veía desde las seis de la mañana, sentado en la parada de buses, con un libro metido entre cejas, sin que nada ni nadie pudiera distraerlo. Qué más se podía pensar de Franky, que con el pelo largo y enredado, las barbas tupidas y la ropa muy pocas veces limpias, interrumpía su lectura solo para dar largas caminatas por la Vía España, sin que nadie supiera donde iba, ni de dónde venía. La gente de los buses tenía la costumbre de buscarlo con la vista cuando llegaban a la parada y si no estaba allí seguían atentos el resto del trayecto, seguro que lo encontrarían con el libro en la frente andando sin tropezarse con nadie, ni con nada.

En realidad, como era un tipo grande, pesado, y no se metía con nadie creaba la impresión y la sensación de miedo. Estaba hundido en el mundo interminable de palabras, fantasía y sueños.

La primera vez que hablé con él, me aproveché del calor, la amenaza de lluvia y la agitación del medio día.

Paré el carro y le dije que subiera. Me miró extrañado como sin poder creerme. Cuando estuvo sentado me preguntó si yo era agente de la CIA, con una misión para liquidarlo. Le hice entender que no tenía por qué preocuparse, y poco a poco empezó a recuperar la confianza. Abrió el libro y empezó a leer en voz alta.

“Está dicho que la cuna de la civilización fue Egipto y que los Faraones eran negros. Y que confundidos por un problema de identidad, mandaron a que se les esculpiera sus rostros, perfilando la nariz y reduciendo el tamaño de los labios...También se sabe que en la Biblia Hamatica, escrita en lengua etíope, y que parece ser la versión original de la Biblia, que después fue traducida y alterada por Europa, Jesucristo era descrito como un hombre de piel morena y cabello lanudo...Por qué los hombres se quedan sin palabras cuando uno les pregunta por el color de la piel de Dios.”

A medida que avanzábamos, las cosas parecían ser tan claras como los días de verano.

Franky empezó a hablar de la gente negra, de sus hábitos extraños, de su mundo alienado. Su silencio con el mundo era el precio que tenía que pagar un hombre como él que no era amante del alcohol, ni de tertulias en *Boites y Cantinas*, que no sabía cómo corrían los caballos, que no sabía cómo levantarse a una hembra, ni lamentarse porque le falló el segundo número del billete de lotería, ni calcular bien el precio y la diferencia de las marcas de automóviles. Tampoco sabía de pantalones a la moda o camisas Pierre Cardin, ni el lugar de la próxima fiesta, ni usar relojes y cadenas, ni shampoo, lociones y uñas barnizadas. Tipo extraño, que no se ceñía a las reglas del juego, que él bien conocía, pero que despreciaba porque las consideraba una trampa segura, impuesta allí por el hombre blanco, por los

amos del mundo, a la inmensa mayoría, los que no se dan cuenta de lo que en realidad está ocurriendo.

Las palabras empezaban a desbordarse y se convirtieron en un enorme caudal que corría en ideas cada vez más fuertes, más intensas, era como si se hubiese roto el castigo y ahora se recogía el fruto, la enorme necesidad de comunicación, de escuchar y ser escuchado.

Sabía que lo habían sentenciado, y que en el resto del tiempo de su vida tendría que guardar silencio y encerrar en su mente las ideas. Franky se daba cuenta y aprovechaba nuestro encuentro para desalojar su cerebro. Salieron con gusto, emoción y certeza, Ángela Davis, Walter Rodney, Malcom X, Bob Marley, Patrice Lumumba, Leroi Jones, Alex Haley, Carlos Marx, Platón y Aristóteles, Manley, Nixon, Luther King, Omar Torrijos, Carter, Brezenski... Eric Williams. Aquí le enteré que ahora Williams, Primer Ministro de Trinidad, había mandado a prohibir su propio libro "Capitalismo y Esclavitud". Y por fin...rió y de buena gana. No debemos creer en ningún político, dijo. Bien decía el viejo Fred, mi abuelo, cuando alguien quería involucrarlo en alguna campaña electoral. "La política es el arte de mentir; la inteligencia se define a partir del engaño. Dos errores nunca deben cometerse en política, primero, creer en un político y después deberle un favor a un político. La política es un dolor de cabeza permanente, casi todos los políticos se vuelven canosos rápidamente. Es la sustancia que despide el cerebro por cada acción perversa que fraguan en conspiraciones permanentes.

Franky nació en Pedro Miguel un poco después de la Segunda Guerra Mundial, en la época en que su abuela leía La Estrella en inglés, todavía recuerda los titulares grandes que hablaban de la guerra, los nazis, los comunistas y la valentía de los aliados.

A Franky no le gustaba mucho la vida en la Zona del Canal, porque era demasiado rígida y monótona. Sobre todo le disgustaba la cantidad de letreros que siempre le prohibían todo. No bañarse, no traspasar, no vagar, no cruzar, no parquear, no gritar, no pisar. Le daba la impresión de que ese mundo tan ancho, lleno de lagos artificiales, vegetación exuberante y un montón de frutas y animales, estaba repleto de sorpresas y aventuras que le despertaba una curiosidad, que le estaba vedada.

De vez en cuando, y sobre todo cuando había visita en casa, se perdía del cuidado y vigilancia de su madre, para internarse por los montes a buscar mangos. Se sentaba por horas con los pies metidos en el lago, observando en el fondo del agua los círculos que hacían los peces.

Un día persiguiendo una liebre, se internó en el monte y perdió los rastros del camino. Cuando vio aquél cuerpo extraño envuelto en una sábana blanca, con las manos descubriendo unas enormes uñas, salió despavorido y esa noche tuvo pesadillas.

Ninguno de sus compañeros de clases quisieron creerle cuando al día siguiente les confesó, en la hora del recreo, lo que había visto. Convenció de todas maneras a los dos más incrédulos del grupo para que lo acompañaran a verificar con sus propios ojos, el misterio que había descubierto, pero nunca pudo encontrar el camino que le condujera al sitio donde había visto aquel cuerpo extraño. Desde entonces la gente empezó a considerar que Franky estaba “ponchi”, que había perdido un tornillo.

A Franky le disgustaba también ir a la escuela, porque consideraba que los maestros lo trataban a él y al resto de sus compañeros como retrasados mentales, a los que había que recitarles fórmulas sencillas y rutinarias que evaluaban con unos exámenes, que no ponían a prueba la

inteligencia, sino la memoria, y cualquier muchacho listo los resolvía con solo observar los hábitos de la maestra y saber exactamente cuando era el momento oportuno para sacar el libro, los cuadernos o una “batería” para copiarse y esperar al día siguiente que lo felicitaran por haber hecho un examen “excelente”.

Las únicas cosas que apasionaban a Franky eran la historia y la literatura. Reconstruía con la imaginación los lugares, los personajes y los hechos que leía en los libros. Trataba de imaginarse cómo habría sido la voz de Cristóbal Colón, de George Washington o de Don Quijote.

Por la picardía de sus ojos, Franky se había convencido de que Vasco Núñez de Balboa había sido un mujeriego empedernido.

En las noches, porque desde temprano todo se volvía silencio en las comunidades de la Zona del Canal y la gente tenía que meterse en los enormes edificios de madera, Franky entonces aprovechaba para pegarse a un libro.

Los fines de semana, tenían que ir a misa los sábados, cosa que extrañamente le regocijaba, porque disfrutaba enormemente los cantos melodiosos y rítmicos que contagiaban a todos los asistentes, negros en general, de religiones protestantes. Era como una fiesta muy especial que la gente gozaba conversando alegre cuando terminaba la misa, luciendo radiante los trajes vistosos y los sombreros finos.

En la tarde se iba al campo de juego a jugarse un partido de softball, beis o cricket. Él y los otros muchachos se frustraban cuando la cancha de juego estaba ocupada por los hindostanes y los jamaicanos, todos vestidos de blanco, que formaban unos interesantes partidos de cricket, que terminaban con risas y tragos de cerveza.

Los domingos en la tarde se iba al cine de madera

que funcionaba en Paraíso, y costaba diez centavos...“un dime”... y tenía derecho a dos películas de Tarzán con Johnny Weissmüller o de vaqueros, Roy Rogers o el Llanero Solitario.

A Franky le molestaba mucho los días de pago, a pesar de que sabía que le tocaría su pensión. Le molestaba porque le correspondía de todas maneras ir con su madre al comisariato. Se sentía siempre como el chivo expiatorio al que utilizaban para ganar tiempo dándole la tarea más tediosa como era el de formar las filas. Siempre en el comisariato había dos filas difíciles, la del kerosene, y la del aceite de cocina. La gente se alineaba con sus latas y botellas al lado, moviéndose lentamente.

Franky hacía fila mientras su madre ganaba tiempo comprando dentro de la tienda los víveres de la semana.

Todo era disciplina y aunque tuviera algunos reales propios, no podía moverse a comprar un chocolate “Baby Ruth”, una barra pepermint o un buen barquillo de helado de la zona. Eso vendría al final de la jornada, una vez llegados a casa y después de que quedara vacío el último cartucho de papel manila, adonde venían empacados los productos comprados.

Lo que a veces lo distraía mientras hacía fila, eran los muchachos con sus carretillas de maderas, vistosas y adornadas que usaban para cargar los paquetes llenos de víveres y mercancías.

Era un constante ir y venir. Se arrancaban con las carretillas llenas de paquetes, rumbo a las casas de la comunidad, cobrando entre 10 y 25 centavos según la distancia y la cantidad de paquetes. Regresaban a toda máquina a buscar nuevos clientes. Eran muchachos ya bastante grandes que se ganaban la vida desde temprano. Parecían no tenerle miedo a los policías blancos que siempre

andaban rondando en los carros patrullas los alrededores de los comisariatos, desde aquella vez que la banda de "Sparrow" (integrada por jóvenes antillanos) había asaltado entre otros lugares de la Zona, un comisariato, llevándose para ese entonces una buena suma de dinero.

Franky pensaba que su reproche a los días de pago era una actitud egoísta cuando escuchaba decir a su padre que había trabajado duro, o cuando miraba a su madre con las manos metidas en el fregadero, que estaba abajo la casa, lavando la ropa sucia de toda la familia. Entonces él mismo se ofrecía para ayudar en cualquier cosa.

Además los días de pagos eran buenos porque se comía bien. Había en la casa muchas galletas de avena, jugo VH y pan de molde Mary Jane. La madre limpiaba el horno y lo montaba sobre la estufa de kerosene y después de algunas horas había un exquisito olor a pan y pastelillos caseros. No faltaban en los días siguientes los buenos pedazos de pollo, hígado, bacalao, carne estofada o pescado frito. Al fin y al cabo la cosa valía la pena. Por lo regular le compraban un sweater o un par de "diablo fuerte" pantalones vaqueros, jeans nuevos, que tanto le gustaba. Y como si fuera poco, tenía su propia plata para irse al "Club House" a comprarse sus chocolates, maní y beberse varios "Ricky" bien fríos.

Los días de pagos su padre también se tomaba sus cervezas y llegaban a la casa parientes de Panamá a conversar por horas en medio de una gran alegría.

Una vez Franky y sus amigos se pusieron de acuerdo en ahorrar su plata para irse en una semana de pago a ver un partido de las Ligas Pequeñas en el Estadio de la Boca, porque se habían enterado de una serie entre las selecciones de Panamá y de la Zona. Recibieron el visto bueno de sus padres y cuando llegó la fecha se fueron desde temprano

en la mañana para aprovechar bien todo el día. Llegaron a la Boca, una comunidad de obreros antillanos ubicada en la Zona del Canal y se bajaron en el campo de juego. Había gente haciendo diferentes deportes. El partido empezaría a las tres de la tarde. Divisaron en un extremo a un grupo de muchachos que practicaban tiro de arco y flecha. Se acercaron y al poco rato lograron sus equipos y estuvieron durante algunas horas probando suerte al blanco. Como a las 11 de la mañana se suspendieron las acciones y sin pensarlo bien los muchachos se enfilaron hacia Balboa, el Barrio de los zonian blancos, que estaba separado justamente por el campo de juego de la comunidad negra de Boca. En el camino se detuvieron en un árbol lleno de mangos. Por fin comerían mangos de Balboa, estaban convencidos que siendo de Balboa serían mejor, el pasto era más verde y parejo, las calles eran más limpias, los edificios eran mejores, los Club House eran mejores, los comisariatos eran mejores, el cine era de cemento y tenía aire acondicionado, el estadio era más grande y tenía luces, todo en Balboa era mejor, por eso ellos no podían vivir allí, desde pequeños se lo habían escuchado decir a sus abuelos, tíos, vecinos, maestros y parientes.

Con el entusiasmo comenzaron a derribar los mejores mangos cuando de pronto sin que lo notaran apareció un grupo de adolescentes blancos, uno de ellos sujetaba un enorme perro blanco de manchas negras que amenazaba gruñendo con zafarse e irles encima a los muchachitos negros. El susto de Franky y de sus compañeros fue grande, pero se quedaron quietos... Fue la primera vez que Franky escuchó la palabra "Nigger". No sabía que significaba pero la ironía y el desprecio en el rostro de los muchachos blancos le hicieron sentir la palabra como un latigazo; hubo una descarga de humillación. A sus doce años Franky experimentó por primera vez una sensación

rara, se le hizo un nudo en la garganta y sus manos se apretaron fuertes sobre los mangos que en cada una había. Dejaron de ser frutas para convertirse en armas...

En su propio inglés, uno de los compañeros de Franky empezó a explicar que solamente estaban cogiendo unos mangos y que... Shut up nigger, and get out...you don't belong here...out.

Franky disparó violentamente sus mangos, golpeó a uno, mientras uno de los otros cuatro tiró del perro para desatarle la cadena... los muchachos emprendieron veloces la carrera, ni el perro ni los zonian blancos pudieron alcanzarlos.

Esa tarde cuando la gente gozaba de las emociones del partido de béisbol, Franky no dejaba de pensar en lo que le había sucedido. Cuando todo acabó y regresó a casa, relató a su padre lo que les había ocurrido.

-Balboa muchachos, ustedes saben que nosotros no debemos ir allá. Eso pertenece a los blancos. A nosotros se nos permite ir, si vamos a trabajar y estamos obligados a guardar nuestras distancias y posiciones.

Así es la cosa hijo y al principio era peor. Cuando yo era niño -siguió explicando su padre- todavía las diferencias eran aún más grandes. Oro y plata, hombres de oro y hombres de plata. Todo estaba separado, hasta la leche era diferente, la leche para los blancos, la leche para los negros. Cementerios para blancos, cementerios para negros, hospitales, correos, todo. Muchas cosas hemos tenido que soportar desde que vinimos de Barbados, es por eso que soñamos con regresar algún día a casa, donde las cosas eran diferentes. Aquí las cosas en apariencias se ven bien, comemos todos los días, hay comisariatos con comida barata, ustedes tienen una comunidad limpia, con campos de juego, tienen su escuela. No les falta ropa, pero esto en realidad no nos pertenece, porque

no podemos disfrutarlo enteramente, porque no se nos respeta plenamente como hombres. Las cosas las deciden los blancos, la razón la tienen siempre los blancos y las explicaciones finalmente siempre las dan los blancos. Eso no está bien porque nosotros también tenemos derecho a pensar, decidir, cometer errores, pero también actuar con acierto y con verdad. Solo nos queda creer en Dios, porque él es justo y ve todo lo que pasa. Algún día tendrán que pagar. Cuánta gente nuestra no murió cuando se estaba construyendo el Canal. Morimos en cantidades, haciendo las faenas más difíciles y peligrosas, y ellos cobraban siempre más y mejor dinero. Cobraban dinero de oro, y se reían de nosotros porque decían que nosotros preferíamos cobrar en moneda de plata porque era una moneda más grande, aunque valía mucho menos. Así despreciaban nuestra inteligencia. Que ni siquiera éramos capaces de mantener dos ideas a la vez en nuestro cerebro. Que estábamos obligados a procesar uno por uno.

Por eso hijo. Tienes que estudiar, llegar a tener una buena educación, para que seas alguien y puedas defender tus derechos y tengas una vida mejor a la que nosotros te hemos dado.

Franky sintió un profundo respeto y admiración por su padre. Era la primera vez que lo escuchaba hablar así, emocionado, con la mirada lejana y el corazón brotando en cada palabra.

-¿Por qué no nos enseñan esas cosas en la escuela papá?

-Porque esas escuelas tampoco son nuestras, hijo?

-Entonces dónde debo estudiar para aprenderlas, papá.

-En la vida hijo...

Meses después, el padre de Franky llegó un día triste a casa y él se enteró más tarde y por boca de su madre de que las casas habían sido condenadas y que tendrían que irse a vivir a Panamá, porque no les habían asignado vivienda

en otra de las comunidades negras de la Zona. Que los panameños habían negociado con los norteamericanos en un nuevo Tratado de Carne y Cerveza, algunas de estas nuevas condiciones. Y ellos no habían sido consultados ni por uno ni por otro gobierno. Como que si no existían.

Franky sintió algo de satisfacción de que se irían de ese lugar en el que a los negros se les llamaban niggers y no les permitían ir donde les diera la real gana.

Un año más tarde la familia se vino a vivir en Panamá, en Río Abajo. En un apartamento decente en la calle séptima.

Al principio Franky resintió la diferencia entre su nuevo medio y el ambiente antiguo de la Zona. Pero esto le gustaba más porque la gente siempre estaba en movimiento, la ciudad parecía estar viva a todas horas y no había letreros y prohibiciones por todas partes.

Tenía que crear nuevas amistades porque sus antiguos compañeros habían sido enviados, algunos a vivir a Paraíso, otros a Gamboa y algunos al igual que él vinieron a Panamá.

A pesar de que a Franky le gustaba más su nuevo ambiente en la Ciudad de Panamá, no fue fácil acostumbrarse a un ambiente diferente. Franky tuvo que ser incorporado a una Escuela en Panamá. Al principio le fue algo costoso porque a pesar de todo lo que había aprendido durante los seis años en la primaria en la Zona, no había tenido mucha necesidad del español, y ahora sí lo requería. Al principio los compañeros de clase se burlaban de él porque no podía pronunciar bien las palabras. Sus primeras reacciones fueron de rabia y vergüenza, pero las palabras de su padre de que hay que estudiar para ser alguien, lo estimulaban de tal manera que empezó a hacer esfuerzos muy grandes convencido de que muy pronto dominaría el español como si lo hubiese hablado

toda la vida. Como Franky era buen deportista, y eso siempre es respetado entre los muchachos de los barrios populares en Panamá, muy pronto se ganó la simpatía de sus compañeros con quienes jugaba pelota en la primera oportunidad que encontraba. Solamente Murillo era el que le había tomado una gran aversión a Franky, y no dejaba de fastidiarlo. Franky no entendía bien cuál era el asunto hasta que un día riñeron en el campo de juego y Murillo le gritó que nunca sería igual a él porque él, Murillo, era panameño, hablaba español, no tenía olor a grajo y que eso era algo muy diferente a ser un “chombo”. Cuando Franky escuchó la palabra chombo lo recibió con la misma intensidad como cuando el grupo aquél lo había llamado nigger y de alguna manera se daba cuenta de que eran palabras equivalentes, que tenían el mismo significado, que encerraban la misma dosis de ofensa... Y aunque Murillo era más grande que él, Franky se le fue encima a puño limpio.

Cuando Franky llegó esa tarde a casa, con la camisa desgarrada y huellas de pelea en el rostro, su padre le interrogó acerca de lo que había sucedido.

Franky insistía en que no sabía por qué Murillo que era negro igual que él, lo había ofendido de la misma manera como lo había hecho el gringuito de Balboa.

El padre de Franky, que sabía exactamente lo que estaba sucediendo dentro de la cabeza y corazón de su hijo, se ríe de buena gana y le dijo a su hijo...Cómo un negro igual que tú intenta ofenderte llamándote negro, diciendo que no eres panameño, qué no hablas español. Sencillamente por ignorancia y porque esos negros han perdido todo sentido de su identidad. Sienten que ser negro es algo inferior y entonces quieren escapar de serlo. Piensan que al asociarlos con África se les vuelve salvajes, carnívoros, ignorantes, porque eso es lo que dicen las

películas y los pasquines de Tarzán. Entonces para convencerse a sí mismos que son diferentes, encuentran otros negros igual que ellos, cuya diferencia es el hecho de que hablan otro idioma y tienen un apellido prestado de otro país europeo y en ellos descargan su ira. Esos son los negros que se consideran primero panameños, y los hace sentirse diferentes. Ellos sin embargo no tienen la culpa, porque mientras que sigan pensando que los negros son los chombos y que ellos son panameños con igual derecho que los rabiblancos y los mestizos, la vida se les escapa de entre las manos en medio de la pobreza, y una falsa vanidad que no les resuelve absolutamente nada.

Nosotros, sin embargo, desde que llegamos acá siempre hemos sabido llevar con honor nuestra herencia africana, nuestro sello como antillanos, eso nos ha ayudado a sobrevivir en tierras extrañas ante la dureza del trabajo y el trato injusto de los hombres. Eso nos ha ayudado a luchar y criar hijos con un sentido profundo de dignidad, que hace que tú hayas peleado hoy cuando alguien ha intentado ofenderte en tu integridad.

A partir de ese momento Franky empezó a observar bien el mundo propio de la ciudad de Panamá, las diferencias entre un barrio y otro. Los personajes más relevantes de nuestra historia, las figuras de ministros, presidentes, reinas de belleza, hombres ilustres, todo, y vio, como era lógico, muy pocos negros y sin embargo, los negros panameños estaban contentos, mejor dicho indiferentes.

Eran pocos los que conservaban la herencia de sus abuelos cimarrones, como Bayano y Antón de Mandinga. Ellos más que luchar por su gente negra, se habían vuelto redentores de las masas populares, líderes de izquierda, intelectuales progresistas, convirtiéndose por eso mismo en ciudadanos mucho más panameños, y en su cabeza no quedaban espacios para separar el mundo en razas y

colores, una sola causa decían, popular y nacional.

Franky sin embargo, y a pesar de todo aprendió a querer a Panamá y su gente. Fue casi mágico, al terminar el año había sido el alumno más destacado en español y en letras. Había hecho suyo el sabor de la vida en la ciudad de Panamá.

Todo estaba perfecto en comparación con la vida en la Zona del Canal, sobre todo la sensación de libertad que se respiraba acá en la ciudad. Por eso, cuando Franky estaba a punto de terminar el Primer Ciclo y su padre le comunicó que se iban a ir a los Estados Unidos, no supo si saltar de alegría o ponerse a llorar. Lo único que Franky se repetía en silencio, que como Panamá no hay dos.

De alguna manera sentía que si en la Zona del Canal había tan pocos gringos y si no había mucho problema porque ellos tenían mucho más de lo que necesitaban, y de todas maneras discriminaban a los negros, como sería los Estados Unidos, donde hay muchos más negros buscando respuestas a sus necesidades. La situación tendría que ser más dura y conflictiva.

Y así fue, meses más tarde vivía en la Avenida Franklin de Brooklyn, New York, en medio de la pobreza negra y un montón de jamaicanos, colombianos, haitianos y panameños, que se habían venido de Panamá hacía ya años, y que ahora vivían en Nueva York igual como lo hacían en San Miguel o en Calidonia. Jugando, pasando las noches en la cantina, comiendo arroz con coco y el resto de la cocina heredada de las Antillas.

Franky rápidamente se libró de todo eso porque consideraba imperdonable tratar de vivir como panameño fuera del país y que si uno había salido era porque ya no tenía razón de quedarse en el país, y si el país no era suficiente para retenerlo a uno, uno tampoco debía intentar

retenerlo como parte viva, como rutina cotidiana, quizás tenerlo por alguna parte en el corazón como recuerdo, pero nada más. Por eso Franky se metió de lleno en la realidad del pueblo negro que vivía en el Ghetto y se hizo de una conciencia negra tan profunda como los cinco siglos de opresión en que han vivido los negros del mundo. Fue tan grande el compromiso que se fraguó Franky que al poco tiempo era uno de los miembros principales del brazo armado de las Panteras Negras, participó en marchas, asaltos e intentos de liberar a compañeros del movimiento de carcelazos injustificados. El cayó preso, y estando en la cárcel le practicaron una lobotomía, para cambiarle la personalidad. Se encargaron que si la operación de alguna manera fallara, de inyectarle pequeñas dosis de heroína para que cuando finalmente volviera a la calle, jamás se interesara por ningún movimiento cívico reivindicativo. Así fue, nadie supo ni reconoció a Franky. Y como se había muerto su padre, y la madre había regresado hacía algún tiempo a Panamá, a Franky el propio Gobierno Gringo lo puso en un avión dizque deportándolo nuevamente a su país. Y desde que regresó a Panamá Franky lee y camina en busca de su destino extraviado, con momentos de lucidez y temporadas enteras de confusión y caos.

Pero Franky sigue viviendo, soñando que algún día los negros finalmente serían verdaderamente libres y felices, plenamente felices.

II PANAMÁ CHALY

Poco se sabe de cuándo, cómo y por qué vino a México. Todos los que llegamos al país azteca conocimos a Panamá Chaly o por lo menos alguna anécdota de él. Era un viejo pintoresco.

Cuando yo lo conocí, dormía en un hotel de segunda categoría en la colonia Roma, porque era un hombre tremendamente ocupado. Igual lo encontraba uno por el Centro en la Avenida San Juan de Letrán en pleno negocio. Vendía de todo, pero su fuerte eran las joyas y especialmente los relojes. El los fabricaba, compraba relojes de 5 y 10 pesos y les cambiaba la carátula, por una marca fina y lujosa. Y ofrecía siempre una tremenda ganga. Tenía además, collares, pulseras y coronas. Era osado, blanco, canoso y pequeño, convencía con la decisión de un coloso. Tenía un acento muy especial, podría asegurarse que Chaly tenía sangre o grandes experiencias entre antillanos que hablaban inglés.

Una vez lo vi realmente furioso. Tenía gripe y le pidió al "Viejo Martínez", estudiante de radiología, que le tomara una placa. Cuando recibió los resultados se asustó mucho porque aparecieron algunas líneas en los pulmones. Después de una discusión acalorada, encontraron alfileres en su camiseta.

Panamá Chaly era jugador, mantenía una relación casi perfecta de caballos, preparadores, jinetes, pesos, distancias, condiciones de pista, accidentes y contratiempos del hipódromo de las Américas.

En las noches, uno podía encontrarlo, sin temor a equivocarse, en el Frontón de Mujeres o en la Pelota Vasca. Se distinguía fácilmente, la diminuta figura, sombrero en la cabeza y largo abrigo chocolate, que de vez en cuando soltaba maldiciones a viva voz, para que todos los escucharan.

Vivía así bajo el “cielito lindo” de México, con los años a cuestas y burlando en el azar los últimos que le quedaban.

Con esa actitud no se sabía si Chaly ganaba o perdía, siempre jugaba. Podía sacar de su bolsillo un fajo de boletos, como de repente pedir prestado para jugar la siguiente quiniela.

Esa mañana se levantó tranquilo, como de costumbre, alistó su maletín y salió a la calle. Vendió todo lo que tenía sin tener que regatear mucho. Con los ánimos levantados y con unos buenos billetes esperó en el Restaurante Chino la hora de las carreras. Antes de tomar el taxi, compró billetes de lotería. En el hipódromo le dio de lleno a varios “golpes”, que pagaron buenos dividendos

Se dirigió al Fronton de Mujeres. Iba mucho allí. Jugó, apostó, ganó y se marchó.

Se fue entonces al Jai-alai(La Pelota Vasca); no sabía cuánto dinero llevaba, pero decidió apostar la mitad de todo el dinero en la “quiniela” menos jugada. Tomó un manajo de billetes y lo apostó en la ventanilla.

Así fue, y antes de que sonara la chatarra tenía una expectación rara, y un bolsillo repleto de boletos. La pelota viajaba vertiginosamente, los jugadores sudaban, y la gente coreaba las jugadas, un jugador perdió una

pelota muy fácil, la gente empezó a chiflar, gritaban "trampa", con ese error, Chaly estaba a una sola jugada para llevarse mucha plata, las manos sudaban, los gritos de la gente arreciaban, y él aumentaba en expectación. Por fin cayó el último tanto. Chaly había ganado...no pudo moverse, sintió un nudo en la garganta, escucho la voz por los altoparlantes que decían...boletos vendidos, boletos vendidos, boletos vendidos vendidos, vendidos...cayó muerto. Ese día la suerte tomó por sorpresa al viejo.

Nadie supo donde se llevaron a Chaly ni quien cosechó el día de su suerte.

III

SHATY

Además de negro, era popular. Había ganado su fama a pulso, iba temprano a la radio, aprovechaba cualquier oportunidad para decir que los negros estaban discriminados y era hora de que les tocara un “pedazo de pastel”

Organizó reuniones, bailes y recepciones. Convenció hasta al Presidente de que los negros también merecían condecoraciones.

En el Barrio Negro, Shaty, había cobrado fama. Cuando hablaba su voz se escuchaba como a tres cuadras y media. Todo mundo lo miraba y, por si acaso, lo saludaban, haciéndole cualquier reverencia.

Shaty sabía que como candidato era un ganador fijo. Y antes que nadie, inició su campaña como independiente. Se ganó de noche, en las cantinas, sus clientes con un manojo de billetes de a dólar, repartiendo “salve” y obligando a la gente a aceptar que él era Shaty... el hombre. Conquistaba mujeres para que divulgaran su grandeza y habló sin cansarse mientras duraba la espera.

El día de la elección Shaty perdió. En su rostro se dibujó el sabor de la pena y de la vergüenza. Y de la noche a la mañana su barba encaneció, su pecho se desinfló, toda

la gente que durante tanto tiempo lo rodeó desapareció como por arte de magia. Y ahora las cosas no son como antes, Shaty no sabe si reír o llorar, porque eso que dicen los viejos, que “los tiempos buenos se van y no regresan” lo persigue por todas partes.

IV EL ODIIO

Pedro y George habían sido vecinos por más de cincuenta y cinco años... ¡Como es la vida! Ninguno de los dos se lo había propuesto, pero allí estaban, uno al lado del otro, aunque separados por un conflicto heredado de sus propios abuelos.

Ninguno de los dos sabía, ni encontraba razón para el odio que se tenían, pero allí estaba; cada vez que se escuchaban las voces el uno al otro allí estaba. Cada vez que se sentían los pasos allí estaba. Se tenían tanto odio, que ninguno de los dos parecía capaz de amar a nadie. Y los dos por esas cosas extrañas que nos juega la vida, tuvieron mujeres que los abandonaron con el reproche de no seguir viviendo con hombres incapaces de sentir nada. Por eso vivían solos (miento), en realidad, vivían juntos, el uno para el otro.

Ni siquiera hicieron hijos que por lo regular obliga a que el sentimiento salga, aun en aquellos con el corazón tan duro como una piedra de río. Nunca se habían enfrentado, aunque sabían que finalmente eso era inevitable. Discutieron dos veces en todos esos años. Y los dos creían seriamente en el dicho mexicano "A la tercera va la vencida".

La primera vez que discutieron, Pedro juró por Shangó, que le haría pagar a George el ojo que había perdido su abuelo en la Masacre de Gorgona. Pedro había leído hace algunos años en un periódico en inglés, que guardaba su padre cuando aún estaba vivo, en un armario viejo de caoba y que él recordaba se llamaba *The Negro World* y que los viejos negros decían que había fundado Marcus Garvey. Cuando los franceses llegaron con la ilusión de construir por Panamá un Canal a nivel, llegaron al Istmo muchos negros del Caribe en especial de Jamaica. Tanto así que la ciudad de Colón era llamada Nueva Kingston. Porque habitaba mucha gente de esa isla. Las personas iban más seguido de Colón a Jamaica que de Colón a Panamá.

Los fines de semana la gente regresaba a Jamaica a hacer sus lavanderías. En esa época se construyeron campamentos a lo largo de la vía del ferrocarril y existían también pueblos. Panamá era parte de la Gran Colombia y el Istmo cobijaba muchos negros de Cartagena como el abuelo de Pedro. Estos negros cartageneros y los antillanos desarrollaron un odio visceral entre ellos porque a los negros de Cartagena no les gustaba que los confundieran con los jamaicanos.

Decían siempre que no eran iguales que esos eran negros chombos. Que ellos eran colombianos, de la patria de Bolívar, que eran latinos, que tenían un idioma; el español, una creencia católica y que habían cruzado la línea del destino y ahora estaban situados de este lado del mundo. Habían roto con África que de eso ya no les quedaba nada. Frente a esas ideas los Antillanos siempre esbozaban una sonrisa irónica... "Damm Fools". Había dos tipos de reacciones frente a los negros colombianos; según unos antillanos, no había diferencias de superioridad,

porque entendían que entre ellos y los negros colombianos no existía diferencias reales, sino artificiales. No reñían porque pensaban que cualquiera de esos negros colombianos podría ser su primo, hermano, tío o sobrino, porque el origen de todos los negros de América era el mismo. Solo diferencias circunstanciales como era la lengua colonizadora que se había aprendido en reemplazo del materno africano, o los nuevos nombres y apellidos, nacionalidades y ciudadanías. Todo circunstancial. Habían otros antillanos que se sentían superiores a los negros colombianos, porque estaban convencidos que habían logrado penetrar de manera más profunda y sistemática la civilización y progreso de Occidente. Esos negros que habían leído libros de textos hechos en Inglaterra, que habían heredado algo del espíritu británico, se sentían súbditos ingleses, del país de los lores, y que poco tendrían que ver con estos negros que hablaban español, y que apenas sabían cocinar, mantenerse limpios, y aprovechar lo mejor de nuestra condición humana. Desde esa época los negros antillanos también se preocuparon porque no se les confundiera con los negros colombianos, eso significaba desprestigio, rebajar su calidad, sus afición hacia los buenos vestidos, a la comida olorosa y las oportunidades de empleo en las actividades de excavación del Canal.

Fue de ese afán de identidad y esa diferencia no explicada que una discusión entre colombianos y jamaicanos, derivó en una riña, que se amplió a tal extremo que casi se convirtió en una guerra civil, en que colombianos armados y antillanos con machetes, cuchillos y algunos rifles, tuvieron un enfrentamiento que duró varios días, cobró varias vidas, y se llevó de refilón el ojo izquierdo del abuelo de Pedro. Y como nunca se supo, como ocurre en todas las guerras, quien había sido el responsable, los

colombianos culparon a los jamaicanos de haberle sacado el ojo al abuelo de Pedro.

Y la duda la fueron transmitiendo de generación tras generación.

La segunda vez que discutieron, fue durante unas elecciones presidenciales, cuando unos políticos liberales llegaron y equivocaron las puertas, tocando en la de Pedro, preguntando por el negro liberal George, que era según ellos el que les ganaría los votos del barrio. Pedro se quedó indignado por la equivocación de que pensarán que él era negro antillano, y por el hecho de que lo confundieran con los liberales. Si los liberales eran esos chombos antillanos. Él era arnulfista, porque era Arnulfo Arias el único Presidente que había entendido bien la cosa y que quería sacar a esos chombos de Panamá, regresándolos a Jamaica de donde había venido, dejando a Panamá para los verdaderos panameños. Ese día a Pedro se le subió la sangre a la cabeza, y George que no era hombre de muchas palabras, nada más dijo en su español antillanizado que él le iba a enseñar para qué eran buenos los antillanos. No ardió Troya ese día porque los liberales que andaban en plena campaña no tenían tiempo ni energía para disolver peleas, sino ganar nuevos votos; así lograron llevarse rápidamente a George del patio evitando la confrontación.

Los dos ya sabían que la próxima vez sería decisiva, el odio contenido ya estaba al borde de arrastrarlo todo; a tal extremo que cuando condenaron la casa de madera donde vivían, ninguno de los dos quiso irse a vivir a otra parte, aprovechando las facilidades que el Gobierno les daba en uno de los multifamiliares recientemente construidos con el propósito del interés social. Se quedaron, siendo los únicos inquilinos, sabiendo que mientras estuvieran, el dueño no estaría obligado a derrumbar el edificio y eso le convenía porque seguía creciendo el valor del terreno. Y

mientras que en el lugar solo hubiese espacio para el odio que los mantenía a ellos vivos, no permitirían que se colara ningún intruso, aunque estaban seguros que nadie podría vivir en ese lugar cruzado por tan intenso odio. Mientras que estuvieran allí en la casa abandonada, tendrían las condiciones ideales para alimentarse el odio. Y como el odio era nada más de ellos, el día del encuentro solo ellos serían testigos. Y el que sobreviviera del encuentro se iría sin problema alguno, superando por fin el estigma de toda una vida.

Finalmente sucedió lo que tenía que ocurrir. Pedro llegó ese día tarde en la noche a su cuarto y encontró en la puerta una iguana muerta tirada en el piso. Eso era como una bofetada con guante blanco. Entró a buscar su machete, que desde años mantenía bien afilado, pero el odio le desbordó los sentidos y la sangre fluyó intensa entre sus venas, tanto que el organismo no pudo resistir tanta presión y Pedro cayó muerto de odio, paralizado el corazón.

George despertó con el ruido que produjo el cuerpo de Pedro al desplomarse en el patio. Y de un salto quedó afuera en el patio. Nunca había sentido por Pedro tanto odio como el que sentía ahora.

V

LOS VOLUNTARIOS

Era la época del cambio de gobierno, cuando los Ministerios se agitaban hasta hacerse hervidero de dudas, conservación de puestos, y una carajada de nombres y posibles candidatos. Era la época en que casi nadie dormía en paz, pensando en los sueldos y la gran cantidad de recibos por llegar... ¡Y si a fulano se le acabó la papa! Nadie podía pensar claramente, porque las cosas sucedían rápidamente, de un día para otro, mientras que el país se preparaba para entrar en el Canal, cambiar de Constitución, nombrar un nuevo Gabinete, aprobar un nuevo presupuesto e iniciar lo que “El” candidato había dicho: “una época de paz, progreso y justicia”.

A diario la radio y la televisión permitían las voces de oposición y descontento. El pueblo como que había dejado de creer en todo, y estaba allí escuchando, en silencio, como a la expectativa, como diciendo aquí va a pasar algo, aquí tiene que suceder algo.

Quién sabe, si había calado bien en sus conciencias las últimas noticias acerca de lo que estaba ocurriendo en Centroamérica: se había desatado finalmente la “Guerra Popular”...hombres, mujeres y niños cargando entre sus manos la dignidad, violentada por la dictadura, que

enfurecida lanzó contra ellos, los tanques, las bayonetas, las bombas y los aviones piloteados por soldados que habían vendido hasta la última gota de vergüenza.

Tan dramáticas eran las imágenes que proyectaban las televisoras que el pueblo empezó a inquietarse un poco, y hubo más de una docena de políticos que organizaron mítines, foros y reuniones, demostrando su indignación condenado en voz alta la masacre contra el pueblo de Flor de Caña...los nicas...los nicaragüenses.

Se empezó entonces a recoger firmas, divulgar pronunciamientos, recibir donaciones y voluntarios para ayudar a la gente del país centroamericano. Un vice Ministro renunciaba, no para poder ser candidato, sino para unirse a las fuerzas voluntarias que se preparaban para ir a combatir a Nicaragua. Una mujer impresionada, pedía a Dios un nuevo terremoto que devastara únicamente el "Bunker" en que se refugiaba Anastasio Somoza.

Esa tarde, cuando Conrado, regresaba de su trabajo en el Plan de Emergencia, traía una inquietud que no le permitía concentrarse en otra cosa. El autobús en el que viajaba venía repleto de pasajeros, pero él no sentía los cuerpos que lo empujaban de un lado a otro, entre subidas y bajadas. Escuchaba de vez en cuando los comentarios esporádicos de algunos pasajeros sobre la elección del próximo presidente de la República. Los razonamientos populares, entre broma y seriedad sobre el alza del precio de la carne, y sobre la gente que se estaba preparando para irse a pelear a un país Centroamericano. Pero las voces sonaban tan distantes, que Conrado no sabía si lo estaban traicionando los sentidos o si las voces no eran otra cosa que su propio pensamiento. Tan distraído andaba Conrado que se pasó la parada donde debió bajarse y tuvo que regresar caminando como cinco cuadras, cosa

que no le preocupó en lo más mínimo, porque le daba más tiempo para reflexionar, con lo difícil que era pensar en la casita improvisada donde vivía con Rosa, esa que de todas maneras se había hecho mujer, y que de todas maneras lo había hecho renunciar primero a su esperanza de irse a los Estados Unidos y su ilusión de volver a trabajar en la Zona del Canal. Esa Rosa que también de todas maneras, le había llenado el cuarto de cinco chiquillos, como para acorralarlo, uno en cada esquina y el más pequeño en el centro para que no pudiera dejar de verlos y despertara de su letargo y se fuera a encontrar trabajo, para que se mantuviera siempre productivo, “en algo”.

Y él que de todas maneras quería a los chiquillos, y que no se cansaba de estudiarlos en silencio, procurando medir con certeza sus aptitudes. Conrado había aprendido que las cosas hay que aprovecharlas desde temprano, porque el mundo es bien relativo y el tiempo es el peor verdugo, el verdadero enemigo. Sentía preferencia por su tercer hijo, que no se aguantaba nada, y que a los ocho años, era rapidísimo de manos, igualito que cualquier campeón del mundo. Se ilusionaba como padre del nuevo monarca del mundo viajando, conociendo muchos países, administrando las bolsas jugosas que su hijo ganaría en el fragor de las cuatro cuerdas.

Cuando llegó a su casa esa tarde Conrado no dijo nada del “arroz a caballo”, y se bebió dos vasos de gaseosa en silencio. Se tiró a la cama y vio las noticias, mientras se fumaba un cigarrillo a través de la curiosidad de Rosa, que de todas maneras, sabía que algo raro le ocurría a su marido. Se durmieron esa noche sin que él le explicara nada.

Conrado se levantó a la mañana siguiente, decidido. Se sentó junto a Rosa que aún dormía, la miró por un rato...

Me voy Rosa, son mil billetes que no se fuman en pipa. Cuando regrese, estaremos bien, nos mudaremos a un lugar más decente, para bien de los chiquillos...

Ella, que en realidad había estado fingiendo que dormía, abrió los ojos asustada.

Me voy a Nicaragua, Rosa. Me van a pagar por pelear, y aquí no pasa nada. Estoy cansado del Plan de Emergencia, de lavar y limpiar los carros, en el Ministerio. No hay futuro en el dólar la hora que me pagan. Tengo fe y me voy con el Nazareno. El Cristo Negro de Portobelo me va a proteger. Tú cuida bien a los niños. Con lo que me adelanten tendrás más que suficiente hasta que yo regrese. Además, esa guerra no va durar mucho, porque no hay Dictador, por poderoso y déspota que sea, que pueda resistir la ira y ansias de libertar de un pueblo. La justicia al final del camino siempre llega.

Conrado no le dio tiempo de responder, le dio un beso y salió de la casa bruja, dispuesto a enrolarse en la Brigada del Cholo Victoriano.

Se fue directo a la Embajada de Nicaragua. Llegó preguntando dónde tenía que inscribirse como voluntario. Los funcionarios lo creyeron loco, y el guardia del lugar, algún agente subversivo.

Lo encerraron en un cuarto, y después de registrarlo e interrogarlo, se dieron cuenta de que no era más que un desesperado ingenuo, y lo dejaron marcharse del lugar, con la única explicación de que se había equivocado de sitio.

Frustrado y sin entender todavía lo que había sucedido, se fue a buscar a un amigo, que vivía lavando carros igual que él, aunque en un estacionamiento público. El amigo pensó igual que los de la Embajada, que Conrado había enloquecido, cuando éste acabó de relatarle lo sucedido.

Para sacarlo de su error le explicó que esa era la Embajada de Somoza, y que los voluntarios estaban siendo escogidos en la Casa del Periodistas, allí se está organizando la vaina, le dijo.

¿Irte a pelear a Nicaragua, hermano? Con lo bravo que está la pelea aquí, terminó razonando el amigo.

Conrado no le hizo caso, terminó de fumarse su tabaco y se fue rumbo a la Casa del Periodista.

Dos días después regresó a la casa y Rosa lo recibió impaciente.

- Que va Rosa, no van a pagar nada... dijeron que el que se enrola debe hacerlo por una causa, y eso a nosotros no nos resuelve nada. Pero mañana me inscribo en un Partido Político y voy a dar la pelea como uno de los quinientos cinco candidatos.

VI LITO

Si se formaba la vaina, yo estaría encantado de llevarme por delante a un poco de estos guardias panameños... en verdad lo que pasa es que nunca me han gustado los guardias. Me hicieron algo injusto desde los días de mi infancia y hasta hoy, con todo lo que ha ocurrido en mi vida, no he podido olvidarlo.

Es algo que voy cargando muy adentro.

Había que ver como decía esto Lito. Sus palabras llenas de emoción, habían dado en el blanco. Sus amigos de infancia, los que habían crecido con él en los barrios negros de Río Abajo y Parque Lefevre, hoy convertidos en obreros unos, profesionales otros, padres de familias, y hombres que se fueron a Nueva York, para cambiar su suerte, pero que se dieron cuenta de que el lugar era muy loco y rápido para su gusto; decidieron regresar mejor a estas tierras, a su querida Panamá, donde no hay tantos crímenes y fanáticos. Esos viejos conocidos reunidos ahora en su casa en una de las Bases Norteamericanas de la Zona, lo escuchaban atentamente, como tratando de ubicar en el tiempo, ese pasaje que mencionaba Lito, y que ellos sospechaban que por fuerza conocían, por todas las experiencias compartidas.

Lito había salido del Artes y Oficios, había buscado trabajo sin conseguirlo, y justamente cuando en Panamá, los antillanos y algunos latinos empezaban a bailar twist, logró una visa, y con el pretexto de ir a ver una pelea de campeonato del mundo, donde arriesgaba el título un panameño, se fue a Nueva York, realmente con la idea de quedarse.

En efecto, después de algunos meses en Nueva York, en que descubrió como cambiaban las reglas de acuerdo con las circunstancias, porque su familia de allá que practicaba el principio de “nadie da nada por nada”, después de un tiempo le dijeron que el período de gracia había terminado y que bueno tenía que aportar lo suyo, y salirse a la calle a ganarse la vida como Dios manda. Y como en Nueva York, la cosa no es fácil, trabajó en lo que pudo. Atemorizado ante la idea de saberse ilegal en el país, y aprovechando el interés del Pentágono de reclutar más gente para la Guerra de Vietnam, resolvió su problema, ingresando al Ejército de los Estados Unidos. Ganó así su legalidad y una nueva nacionalidad.

Y como se fue a Nueva York, con un baño de suerte, después de todo no le tocó irse a Vietnam. Y cuando ya había alcanzado mucha destreza en el arte de matar gente, se le cumplió el sueño y lo enviaron a trabajar con el Comando Sur. Vino entonces de vuelta a Panamá, con un carro grande de lujo, que fue transportado en un buque de la marina, libre de impuestos. Así se hizo presente nuevamente en el barrio de Río Abajo, asediado por los viejos y nuevos amigos, que le gorreaban los tragos y soportaban los relatos de sus pasajes íntimos en Nueva York y el ejército.

Lito había vuelto convertido en Sargento, con un tremendo carrazo, muchos billetes en el bolsillo y el privilegio de comprar en los almacenes de la Base Militar

del Comando Sur. Y como mosca le caía la gente, para sacar las mayores ventajas, de estas tres nuevas virtudes. Lito estaba hecho.

Esa noche reunido con sus amigos selectos, influenciado por los últimos acontecimientos entre el Gobierno de Panamá y los Estados Unidos, Lito daba rienda suelta a sus recuerdos.

El general dijo que si no se firman los Tratados, entraremos los panameños de todas maneras al Canal. Eso es una declaración de guerra. Y en una guerra, caerán justos y pecadores.

Yo soy panameño, pero ahora estoy en el ejército de los Estados Unidos y tendría que pelear. Sería incapaz de dispararle a mi pueblo, a la gente, pero a un guardia, que ahora es igual que yo, que le pagan y entrenan para hacer lo mismo que yo, a ese sí, le disparo para ver cómo se siente la cosa, ahora que estamos iguales, y no como en los tiempos de antes cuando abusaron tanto de nosotros.

Recuerdo una noche, estábamos sentados un grupo de muchachos, en la escalera de la Casona de Madera, en pleno barrio antillano. Era costumbre nuestra reunirnos allí afuera durante las noches, sobre todo en las épocas de lluvia, cuando los cuartos se volvían más calientes, porque además todo el mundo ha regresado de alguna parte, y hay que dejarles espacio a la gente adulta, porque uno como chiquillo, no puede intervenir en las conversaciones de los mayores, y tampoco puede cambiar el programa de la televisión de la telenovela a una serie de violencia. Entonces, teníamos que salir a la calle, a la esquina, a las escaleras, para compartir nuestros sueños y aventuras. Siempre teníamos que vigilar por dos cosas, por alguna muchacha que salía de su casa para cumplir alguna diligencia, y que estaba “buena”; y por los “tongos”, por

la “batida” los carros de la policía.

Nunca hemos sabido porqué se les llama a estas redadas de policías “batidas”. A veces pensamos que es una ironía que el pueblo ha hecho a la cultura, porque se sabe que las primeras batidas realizadas en el mundo, ocurrieron en el neolítico, cuando los primeros pasos, obligaban a los hombres a unirse y caerle por sorpresa, con palos y puntas de piedras a los animales distraídos.

Cuando reunidos afuera, veíamos asomarse por allí al “Alacrán” gris con las letras pintadas de blanco, y con dos tipos uniformados, dispuestos a no entrar por nada en razón, la presión sanguínea se alteraba y todo el mundo huía.

Daba la impresión de que los guardias se frustraban, porque no quedaba por allí ningún alma, nadie a quien hacer orinarse por el miedo. Y por eso pagaban justo por pecadores. Y casi siempre le tocaba “pagar el pato” a un muchacho más inocente, que normalmente los padres encerraban de noche, y que lo enviaban a comprar algo frío en la abarrotería, justo en el momento menos indicado. Y que ese tipo de muchacho del barrio aprovechaba, para demostrarle al resto de la gente que no era un “tapao”. A ese era que pescaban, saliendo de la tienda tembloroso, pensando que le darían “rejo” si se demoraba mucho, y que incrédulo, perdía el aliento cuando el Sargento con toda la atención decía, cédula?...Súbete al carro.

Daba la impresión que los guardias sabían que los muchachos del barrio, se burlaban de ellos, porque cuando aparecía el alacrán no quedaba nadie y cuando se iban, los muchachos regresaban a las calles, continuando sus conversaciones en el mismo lugar en que lo habían interrumpido.

Eso los guardias lo sabían, porque de pronto, fingían irse por una calle, daban la vuelta y regresaban por otra,

con los mismos resultados, todo el mundo se esfumaba. Tener entonces que marcharse sin ser siquiera escuchados, les jodía un poco su noción de autoridad.

Así se repetían estos episodios durante todo el año, igual en las noches de lluvia, las noches de luna y estrellas mojadas, como en las frescas noches de verano.

Lito, tenía un brillo especial en los ojos, es la sensación del recuerdo placentero, con la satisfacción que da el triunfo de la astucia sobre el poder y la fuerza.

Correr es prácticamente una tradición importante en los barrios populares -continuó diciendo-. Cuando a algunos guardias se les colmaba la paciencia, de que estos negros se burlaran de ellos, entonces también se bajaban de los alacranes y corrían... párate...coño, gritos que acompañaban los pasos rápidos acompasados.

Esa noche, conversábamos de los exámenes finales, de la pelea entre Cabeza y Arturito por la Culisa de arriba de la tienda, cuando los tongos a pie, caminando entre los matorrales, con el alacrán escondido lejos de nuestra calle, nos sorprendieron. Nos habían cerrado el paso no había posibilidad de huir de moverse en ninguna dirección. Esas eran los momentos difíciles, cuando por fin lograban atrapar a alguien, hacer presente su autoridad, dejar salir las frustraciones del tiempo perdido en sus acciones anteriores. En esos momentos se tenía que recurrir a la palabra., con el convencimiento de uno tenía que medir bien, cada una...

Nosotros no estamos haciendo nada, solo conversábamos -me atreví a decir-siguió relatando Lito.

Ah, tú eres el más malo... replicó el guardia.

Eso era lo mismo que ocurría siempre, te obligaban a defenderte con la palabra pero inmediatamente lo empleaban en tu contra. Como los padres que le pegan a sus hijos, y mientras lo zurren le gritan que se callen, que no lloren.

Lito no tuvo tiempo de contestar, porque el Tongo lo agarró por el cuello, lo estrelló de un empujón sobre la pared de madera, le suavizó el vientre con un par de cachiporrazos y lo remató con un par de bofetadas.

Ya no sentimos miedo -intervino Ricardo, que sentado allí escuchando a Lito, recordó bien todo el incidente porque él había estado allí presente esa noche -sentimos una tremenda impotencia. Yo entonces grité algo que ahora no recuerdo, y como lo hice en inglés el otro tongo se ensañó y solidariamente me empezó a dar según él mi merecido.

El eco de los golpes subió por las escaleras, entró por las puertas abiertas, tocó en las que estaban cerradas, se coló por los espacios descubiertos de los servicios sanitarios colectivos, hizo a un lado las cortinas, y detuvo el sonido de las televisiones, las radios, las discusiones y los juegos amorosos. En poco tiempo toda la vecindad estaba enterada de que nos estaban apaleando, y que nosotros no éramos del grupo de los muchachos del barrio que jugábamos a los dados y quemábamos monte, canyac, quenque o mariguana.

Mi padre -continuó Ricardo- interrumpió el vaso de cerveza y la discusión sobre Ismael Laguna. Nunca lo habían visto salir tan aprisa de la "Peor es Nada" cantina famosa por el mondongo bien picante que se regalaba a la clientela, los 3 de Noviembre y el Día del Padre. Famosa también porque nunca nadie se tomó una cerveza tibia. Famosa por las discusiones acaloradas sobre el béisbol, con el recuento minucioso de detalles y hazañas de los astros de antaño, de los equipos profesionales como el Carta Vieja, Chesterfield y la Cerveza Balboa. Famosa también "La Peor es Nada", porque nunca se reunieron a beber allí, ningún grupo comunista y por el repertorio

completo de las canciones de Beny Moré, Cascarita y Bienvenido Granda.

Pero al igual que famosa, "La Peor es Nada" era también una cantina muy ordenada, quizás por el Bull-Dog, que tenía Don Lencho el dueño, regalo de un soldado gringo, para controlar a los clientes mala paga y a los busca pleitos. Soldadito como se llamaba el perro, como buen Bull-Dog, infundía respeto, y Don Lencho nunca tuvo que pintar en su cantina un letrero que dijera "Aquí no se Fía". Tan efectivo había sido el negocio de "La Peor es Nada" que Don Lencho al poco tiempo se compró una casa por San Francisco de la Caleta, contrató a una especialista que se lo amueblara, se consiguió una rubia extranjera de la Villa de Amor; compró una Farmacia, se hizo miembro del Club Unión y fundó la Liga Antialcohólica S.A. Cosa que le valió ser considerado como el hijo ejemplar de la comunidad del Pedernal en la Provincia de Veraguas, de adonde había venido, hace 25 años a Panamá, cargado de una férrea voluntad de hacerse rico e importante.

El ruido había entrado a la cantina, y mi padre fue el primero en escucharlo. Cuando salió vio a lo lejos al alacrán parado frente a la casa, y como era normal, corrió hacia el lugar. A mí en ese momento me daban mis últimos "cascarazos", y mi padre que era bajito, pero que no le aguantaba nada a nadie, se fue directamente encima del "tongo", con el propósito de detenerlo. El otro guardia que observaba las acciones, entró palo en la mano, en defensa de su compañero, y después de un breve forcejeo, a mi padre quedó tirado en el piso, bañado en sangre.

La autoridad, actuando en beneficio de la comunidad y en respeto a la Ley, había causado un derrame cerebral al viejo, que fue llevado por los vecinos al Hospital de la Caja del Seguro, donde afortunadamente encontró una cama

desocupada, en que permaneció durante casi siete meses. Después que recobró la conciencia y volvió al barrio la gente decía que ya no era el mismo, que tenía reacciones extrañas, y nunca volvió a discutir acaloradamente de nada en “La Peor en Nada”.

Cuando llegó aquí en su relato, Ricardo tenía la voz entrecortada, por la emoción y la amargura del recuerdo. Se hizo un largo silencio, que Lito rompió diciendo –Yo me hice hombre con esa escena en mi cabeza, con una deuda con el padre de Ricardo, que siempre fue como mi propio hermano. Algo me decía que todo lo ocurrido era injusto que alguien nos había culpado de algo que no conocíamos, pero que siempre y de una manera u otra, teníamos que pagar: todos comentábamos desde entonces lo mismo. “los hijos de los rabiblanco, de la gente de dinero, por regular caminan...no corren, no hay nada ni nadie que los persiga...Pero bueno, así es la vida.

El padre de Ricardo murió, y yo me fui como conté al principio a los Estados Unidos. Me alisté en el ejército para poder quedarme en Nueva York.

Y aquí estoy de nuevo, en mi tierra, donde las cosas están cada día más duras. En realidad para mí no es cosa fácil estar metido en dos aguas.

Soy panameño y además miembro del ejército gringo.

Pero cuando observo los acontecimientos, me doy cuenta que ningún país puede tener dos gobiernos. La lucha entre Panamá y los Estados Unidos en el fondo, es una lucha necesaria. Por eso que cada vez que aumentan en las bases militares los entrenamientos, siento que nos preparan para algo que puede suceder en este país, y es cuando me vienen a la memoria los pasajes de mi infancia y me siento que finalmente cobraré en cada guardia la afrenta a nuestras vidas, generación tras generación.

Así es la vida, porque nadie entendería porque Lito, ex

panameño, descendiente de antillano, estaba deseoso de que se cumpliera la advertencia del líder Omar Torrijos, que si los gringos no firmaban los tratados, la Guardia Nacional entraría militarmente a ocupar la Zona del Canal.

VII

CEFERINO RODRÍGUEZ

Se paraba siempre en el mismo lugar, cerca de un poste situado frente al estacionamiento de los profesores, a mirar. Miraba tanto que podía haber usado la misma camisa, el mismo pantalón, o andar en paños menores, lo único que la gente sentía que existía en él eran sus ojos, su mirada.

Tenía 25 años de estar mirando. Dice haber llegado a la ciudad con el propósito de trabajar en unas oficinas del Gobierno, pero que por cuestión del destino, al poco tiempo la persona que lo había recomendado, cayó en desgracia y antes de que lo despidieran, tomó el teléfono, llamó a un Decano amigo suyo y Ceferino consiguió empleo en el Campus Universitario. Llevaba desde entonces 25 años mirando. Tanto así que se le habían formado dos inmensos anillos negros alrededor de los ojos, que le hacían más penetrante la mirada.

Todo el mundo en la Facultad, sabía que Ceferino Rodríguez era el encargado de mirarlos y habían aprendido vivir con su mirada. A la gente le llegaba a dar escalofríos porque aunque Ceferino no estuviese allí parado, donde siempre la gente lo veían y sentían que los ojos de Ceferino salían del mismísimo poste.

Era alto, entrado en los cuarenta y nunca hablaba con nadie en el Campus.

Un día me lo encontré en la Plaza de la Lotería, acompañado de un viejito, una viejita, una mujer campesina de unos treinta y cinco años y tres niños, los seis agarrados unos del otro y los ojos cubiertos de lentes oscuros. Ceferino me vio y después de una sonrisa entre pena y resignación, me dijo con la voz quebrada: mis padres, mi mujer y mis hijos.

VIII

LOS SENTENCIADOS

Cuando las máquinas empezaron a moverse, como cuerpos vivos, los troncos se apretujaron uno contra el otro, como último aliento de protección. El primero que había venido del campo, habló en voz baja y entrecortada...

Estuve muchos años libre en el campo; recuerdo los días asoleados de verano, cuando el cielo se muestra entero, limpio, con nubes que la emblanquecen en pequeñas parcelas. Aguanté muchos días de lluvia, cuando el río perdía la calma, y se embravecía como gente, arrancando cosas, y llevándose todo lo que le salía al paso. Cuando me hice grande pude divisar el pueblo, sorprendí a los hombres saliendo de sus casas temprano en la mañana con el machete en la mano y el destino reflejado en los ojos. Los vi alejarse día a día, con la mula, copiando la huella de sus pasos, regresando después con los fardos de comida, extraída de la tierra durante todo el día. Los vi amarse, nacer y llorar cuando moría alguno. En mi regazo se hicieron promesas de amor, y se contaron las penas y los sufrimientos de los que se fueron del pueblo en busca de fortuna en otros lugares. Nunca escuché a estos hombres hablar de política como lo hacían de la lluvia, el río, el tigrillo, el caballo o la mujer que vivía ahora al otro lado

del río. Fueron ratos tranquilos y felices, hasta que llegaron los hombres con sus máquinas grandes y amarillas, y redujeron todo a un montón de tierra y me convirtieron en un tronco de madera para el negocio. Lo que más me duele es no poder seguir sirviendo a esa gente.

Otro de los troncos no pudo resistir lo que había escuchado y empezó a sollozar débilmente: yo vine metido en un barco extraviado, en los zapatos de un barbadense que venía a trabajar en la construcción del Canal. No se cómo, pero empecé a crecer en una esquina del Barrio de San Miguel. Me llevaron primero al Parque Lesseps, que ahora dice “Ni Millones ni Limosna”, allí estuve por algunos años, entre “chivas” que circulaban y trenes que iban y venían. Vi los desfiles patrios, las bandas de cornetas y tambores, con sus batuteros que arrancaban gritos y aplausos, y las escuelas “rabiblancas” con las cabezas erguidas y la mirada ajena a las gentes en las calles.

Vi a los trabajadores entrar y salir de la Zona del Canal. Escuché a los hombres reunidos a mí alrededor desde la tarde hasta avanzada la noche, comentando de trabajo, pelota y caballos de carrera. Escuché sirenas, gritos y carrera en dirección a San Miguel que se consumía en llamas, mientras que soldados vestidos de blanco y negro caminaban sin entender nada. Un día amanecí clavado en Santa Ana, allí se hablaba más en español y de cosas diferentes. Al principio no pude adaptarme fácilmente al cambio, porque allí había gente siempre discutiendo, haciendo planes y programando acciones. A veces, el lugar se congestionaba, y se oían gritos, consignas, y discursos y las papeletas iban y venían. Recuerdo las palabras que utilizaban: justicia, pueblo, oligarcas, patria, corrupción, ley, partidos, elecciones, candidato, el Señor Ministro, vanguardia, gloria y muchas otras que no valen la pena recordar. Vi banderas de Liberales, Conservadores,

Republicanos, Panameñistas, conocí a dirigentes jóvenes, viejos, vestidos de blanco con corbata negra, escuché promesas, solicitudes y disparos.

El parque era como un enorme recinto donde se murmuraba versiones diferentes de un mismo hecho. Se sabía siempre lo que pasaría al día siguiente. Hoy las cosas han cambiado, el kiosco está siempre libre y los recuerdos se reviven en el Café Coca Cola. Solo de vez en cuando pasa algo interesante. Creo que mi final no me va a doler mucho, porque me llevo un montón de recuerdos.

El tercer tronco rompiendo su silencio dijo, entonces tú eres urbano. Yo soy diferente a ustedes porque yo provengo de las selvas, y allí somos muchos porque la tierra es rica, porque la alimentamos bien. No sabemos mucho de hombres, ni nada de lo que ustedes aquí me han contado. Nosotros aun prodigamos el color y la armonía que la vegetación despierta. Estamos como hace muchos años, creciendo y creciendo tratando de alcanzar el cielo, mirando las cosas hasta los confines más lejanos. No nos asusta ni perturba el ruido que hacen los animales, a veces nos inquietamos cuando distinguimos algún sonido extraño, como voces de hombres; porque sabemos que siempre se llevan algo o calculan regresar por más de lo que puedan llevarse.

Sabemos quiénes son esos hombres, porque hablan de una manera diferente a los naturales del lugar que de pronto andan cazando algún animal para comer en algún matrimonio o cumpleaños. Esos hombres no hacen mucho ruido al caminar porque saben andar entre monte. Estos son diferentes. Los otros llegan en motores que hacen ruido y espantan a los animales, hablan de números y cuando pueden quieren medirlo todo. Esos fueron los que llegaron y poco a poco nos arrancaron para traernos aquí a saber para qué cosa.

Antes que pudiera continuar escuchó la voz de un hombre que hablaba con decisión y esperanzas... “Es inestimable la reserva de madera que hay por allá. Una explotación más rápida y menos costosa requerirá de una inversión mucho más grande de la que habíamos estimado; es necesario un mayor financiamiento. Cómo vamos a tener progreso sin técnica y sin recursos...El país necesita diversificar su economía”.

Al día siguiente incrustado en la madera de un poste, encontraron al funcionario que hizo estas declaraciones ebrio, después de las celebraciones. .

Mientras se activaban las máquinas y los troncos se reducían a otras formas y tamaños. El capataz decía para que todos lo escucharan:

Toda esta madera está destinada a la Funeraria le Blanc.

IX

JAY BEST

A la gente le gustaba su voz y las cosas sensatas que comentaba sobre deporte. Al principio, la idea de la incógnita lo entusiasmaba, pues al poco tiempo de haberlo iniciado, su programa de radio había subido como la espuma en sintonía. Y la fama de Bienvenido se había regado desde Ciudad Arco Iris (Rainbow City) hasta la Catedral. Fue entonces cuando la gente empezó a preguntarse por la identidad de Jay Best,

Alicia su vecina de la veinticuatro, que lo conoció de chico, y que tenía la lengua de cincuenta billeteras, empezó a difundir que Bienvenido era un “negrito jamaicano”, del que todos los negros deberían sentirse orgullosos. En la Emisora, las llamadas empezaron a llover y la gente solicitando más y más conversar con Jay Best. La gente que sabía que era el mismo tipo que había crecido en el barrio que fue con ellos a la escuela, y jugó en el mismo equipo de la liga infantil de béisbol de los leones, ahora querían saludarlo, decirle que escuchaban a diario su programa, y que les gustaba mucho.

Por miedo de perder su trabajo, Jay Best cambió su nombre por el de Bienvenido Alegria. Pensó que tantos negros antillanos llamándolo a la Emisora lo perjudicarían.

La conducta de Bienvenido indignó a la gente, que para vengarse, decidieron llamarlo por su verdadero nombre. Y mientras duró la irracionalidad del comentarista y la ironía propia de la sabiduría del pueblo, la gente lo llamaba Jay Best y él se indignaba diciendo que se llamaba Bienvenido. Hasta que con el tiempo se fue olvidando que Jay Best y Bienvenido eran hijos de la misma mujer, y hoy Bienvenido firma una columna inteligente en los diarios, sin que nadie se acuerde ni le importe de qué color es su piel.

X EL PARTO

Lo llamaremos Emiliano -dijo Adriano. Mientras jugueteaban los dedos en los desordenados cabellos negros y lacios de su mujer.

¿Cómo te fue hoy en la fábrica? preguntó la mujer de rostro algo marchito por los años y la vida difícil.

Desde hace 18 años los días son iguales en esa condenada jaula...Ojalá se acabara todo esto de una vez por todas... Dios le da medidas a las cosas! La mujer frunció el ceño, dejando retratar una expresión de angustia.

El marido al darse cuenta insistió...¿Qué...lo dudas?

No es eso Adriano, y estoy cansada de cargar esta barriga que Dios sabe qué va a ser. Quizás nunca nos lo agradezca. Posiblemente un buen día cuando ya sea un hombre, se separe y nunca recibamos una ayuda suya. Te das cuenta lo que cuesta traer un hijo a la vida, y que al final del camino, cuando uno envejece y el cuerpo empieza a pagar todas las dichas que nos ayudó a forjar, entonces el hijo de uno, la dicha mayor, como si nada, nos abandona, nos olvida.

Adriano se movió en silencio, dejó en libertad su cabello, al arrojar el gorro grasiento, (que ni él sabía bien por qué lo usaba), y extenuado se dejó caer sobre una de

las seis sillas que rodeaban la mesa de madera, cubierta de un plástico lleno de flores rojas, azules y amarillas.

Bajó lentamente la cabeza y se tropezó con un olor a grasa y sudor. Se percató de su propio olor, y entendió que había estado allí por años... Llevó su mirada al rincón donde se encontraba postrada su mujer, con aquella protuberancia. Se detuvo por instantes en el estómago lleno de una vida nueva.

Adriano alzó en ese momento la vista ¡Allí! El cuadro... La imagen de Cristo, su corazón sangrante descubierto, y su sonrisa casi imperceptible por la expresión de compasión y de ternura Oh - demasiada ironía, para ser cierto!

Lo miró fijamente, y se creó una esperanza.

Lo llamaremos Emiliano -volvió a decirle a su mujer porque será todo un hombre. Y además hará que en medio de toda esta pobreza, florezca nuevamente un poco de dicha.

Adriano sintió que había recobrado sus fuerzas, se levantó encaminándose a la estufa.

Destapó las ollas, para encontrar sin sorpresas para él varios huevos "ahogados".

Tomo después un plato, se sirvió algunos huevos, recogió la bolsa de pan y se fue a sentar a la mesa.

Hay chocolate también -dijo su mujer.

En ese momento, un sollozo apareció en la puerta...
Mami

No es cierto ¿verdad?... mi hermanito que tú tienes en la barriga, va a nacer bien, ¿verdad?

Ven hija dijo Adriano, con algunos porciones de pan en la boca.

Esa noche mientras todos dormían, Andrea se mordía la mano para no gritar de dolor, porque sabía que para dar a luz, tendría que esperar hasta que fuera de día.

Solamente de día su marido alcanzaría a recibir la ayuda para poder llevarla al Hospital de Beneficencia. Y como las cosas no siempre dependen de la razón ni del azar, cuando Adriano se levantó a las cinco de la mañana, para ponerse su ropa de trabajo, le pareció extraño que su mujer no hiciera ningún ruido. Y del piso se fue al rincón donde dormía su mujer, y se dio cuenta que junto a ella, había una criatura y que ni ella ni la criatura habían llorado durante la noche.

XI

MISTA WILLIAMS

Era uno de esos viejos antillanos, que durante la segunda guerra, vivía en su finca en las Montañas de Paraíso, en la Zona del Canal.

Vivía en esas tierras libres que los gringos habían donado, para que la gente que quisiera se metiera en ella.

Mista Williams vivía adentro; donde hay anacondas tan grandes que acostadas simulaban rastro de un nuevo camino monte adentro, donde crecen grandes los gatos negros que atacan a la gente, y a los lagartos. Monte adentro adonde rondan enormes iguanas y puercos salvajes. Adonde la naturaleza se hace espléndida, y la sobrevivencia razón impuesta por el tamaño y la fuerza, como pasa a veces entre los hombres.

Mista Williams, como buen jamaicano, de sangre y sabiduría cimarrona, conocía bien los misterios de la tierra y de la selva. Sabía combinar en un mismo árbol naranjas con diferentes sabores. Predecía con exactitud el tamaño que alcanzaría el naciente árbol de jobo, caimito o de pan de fruta.

Mista Williams me dijo un día, cuando lo visitaba, que el gallo nuevo que ahora tenía, sería el gallo más grande que habitaría el istmo y quizás la misma tierra. Y así fue

porque algunos años después volví un verano a visitar a Mista Williams y me encontré con un animal que erizaba los pelos sobre todo cuando afilaba la cabeza y batía las alas.

Charly, como se le llamaba, controlaba el patio, y todas las gallinas que por allí anduvieran. Su poder era tan grande, como cualquier dictador centroamericano.

Un día Pedro Rivera, un campesino chorrerano, llegó después de una sesión de caza, a visitar a su compadre Williams, y retó al negro antillano de que él podría, de proponérselo llevarse a Charly. Mista Williams se rió y le dijo que podría irse y tomarse todo el tiempo que quería, y volver cuando quisiera a intentar llevarse el gallo, porque de lograrlo sería suyo. Yo quedé invitado, como testigo y cómplice del acuerdo entre los dos amigos.

El día llegó, y nos sentamos a una distancia prudente a mirar aquel interesante encuentro.

Del primer contacto entre el hombre y la fiera, Pedro Rivera rodó por tierra, indefenso ante el animal que manejaba sus espuelas, con la destreza, comparable a un jugador del mundial de fútbol. El animal había desgarrado las ropas del campesino chorrerano, y dejado huellas de sangre sobre sus carnes.

Mista Williams entonces, tomó la vara de guayaba, se acercó a Charly, y le habló sereno, para dejarse entender.

-Tendrás que irte con el viejo-

Descargó dos golpes y el gallo Charly cayó inmóvil.

Cuando revivió estaba en una enorme jaula en Chorrera.

Manejar la vara, aprendí entonces, era asunto de destreza y anatomía y quien por necio porfía se arriesga el pellejo, sin tener preparado el remedio o la medicina.

XII

NUEVE DE ENERO

Yo estuve presente aquél nueve de Enero!... Cómo no!

Estábamos bien metidos en unas botellas de cervezas, unos amigos y yo, cuando empezaron a sonar los disparos.

Tan pronto como pudimos, abandonamos la Cantina en San Miguel adonde bebíamos las cervezas, y tomamos rumbo a nuestras casas, en el barrio rebelde de Rio Abajo. En el trayecto las voces en la radio nos enardecieron. Paramos hicimos una molotov y decimos regresar.

Yo no estaba muy entusiasmado con arriesgar mi pellejo.

Estaba de vacaciones en Panamá, visitando a mi familia.

Sin embargo, los otros empezaron a retar mi amor propio, recordándome que de todas formas yo seguía siendo panameño, a pesar de vivir en Carolina del Norte y pertenecer a la Fuerza Aérea del país de los Morgan y Rockefeller.

Tenía que ir, a pesar de que lo primero que me enseñaron los gringos fue que me agachara...!duck..! Ellos siempre se agachan por eso ponen siempre en los frentes

de combate a los negros y a los más ilusos en las hileras de adelante.

Después de todas esas elucubraciones llegamos a la plaza 5 de Mayo...todo estaba oscuro, brillaban los ojos, golpeaban las voces, los cuerpos y las balas. Usted Señora acaba de perder otro hijo...esta vez te lo mataron los gringos. Esa palabra ya no define las proezas del lobo.

Vimos a algunos hombres de uniforme, cambiarse de trinchera y pasarse a este lado de la tumba de los mártires.

Después los identificaron: soldados negros y soldados portorriqueños, reconociendo una causa. Y uno no sabe qué sucedió después con ellos. Es posible que estén viviendo aquí en este país todavía, o estarán pagando su condena, en alguna Base Militar. En fin lo que sí hicieron fue sacrificar los privilegios ¡The Army Gives you...Las Fuerzas Armadas te otorgan;

Yo sabía que después de esto, no me pondría nunca otro uniforme del Ejército Gringo. Sería como llevar encima, ajustado al cuerpo, apretando la garganta, las voces y lo quejidos que uno escuchaba por todas partes, en plena agonía, retando todavía a la muerte.

Sentimos que la noche subía en frío y los disparos arreciaban; tirado, yo allí, en la Avenida Cuatro de Julio, como cruel ironía, con la molotov bien apretada en las manos y el aliento contenido, mi vida estaba allí clara y precisa.

Allí estaba como caleidoscopio, al compás del ritmo de un tambor de hojalata; mi niñez, la escuela, el barrio, los amigos, la Zona, los mangos, las naranjas, los perros y sus policías, prohibiendo entrar aquí; Nueva York y las oficinas de reclutamiento, con las pruebas, las selecciones y las humillaciones. Le vi cara por primera vez al enemigo...

Pero acá todavía son solo voces, dispersas, agitadas,

había algo en ese ambiente que me retenía, quizás era el olor a muerte que nos aferra a enormes torres calientes.

No alcancé a recordar la cara de ningún amigo.

La bala pegó cerca y sentí restos de cemento caer encima de mí, y entonces tome la decisión de irme.

Más abajo llegaba gente, las calles ardían en rabia, se sentía una fuerza, un poder que se quedaba a medio camino. Se buscaba cualquier detalle que identificara al enemigo para destruir, respondiendo así a los golpes, al crimen. Se hizo temblar de miedo a los “fulos”, las ratas y todo gringo extraviado. Se raparon a las prostitutas que impúdicas en medio de la tormenta, seguían reclamando sin recato a sus clientes rubios.

Se buscó, se escudriñó, como para confirmar lo que todos sabían, que tan solo al otro lado de la calle, adonde se trazaba la frontera imaginaria, ahora delimitada a sangre y fuego, estaba el yanqui, cazando a nuestra gente, sin que pudiéramos hacer nada para detenerlo y desterrar tanta soberbia.

Ricardo lloró en el avión a su regreso a Carolina del Norte. Y cuando pisó nuevamente las tierras del Tío Sam se fue derecho a la Fuerza Aérea y pidió su baja.

Abandonó todo y regresó a Panamá, sintiéndose él, Ricardo Clark, por primera vez, más panameño que nunca.

Utilizó al principio su convicción para alimentar su paciencia, mientras esperaba y esperaba, que por fin lo llamaran a conferirle alguno de los empleos que como panameño había solicitado. Cuando nada se movía, llamaba por teléfono sin recibir ninguna respuesta y cuando se agotó el último dólar que había traído, decidió reconocer que se había equivocado.

Ricardo se lamentaba. Me obligan a regresar a Estados Unidos. Nadie puede pasarse seis meses sin trabajo,

deseando quedarse en su país, trabajar por su país.

Sentado nuevamente en el avión no lograba organizar sus emociones. Cuando el avión empezó a ascender, miró por la ventanilla y mientras observaba el Istmo que se iba quedando atrás, nuevamente una lágrima rodó por sus mejillas.

XIII

ARTEAGA

De alguna manera, la Doña tenía que ver con la alberca gigante, pensamos cuando nos sentamos en la mesa de aquél restaurante, única construcción moderna del pueblo. Llegamos esa tarde a Arteaga y la Doña nos recibió como una alucinación propia del lugar. El pollo servido era enorme. Volvimos a pensar en la alberca que también era enorme.

Durante el café, nos recordamos uno a otro que pasaríamos varios días en aquél desierto.

Teníamos la sospecha que aquel lugar nos dejaría hondas huellas, que tendríamos que llevarnos forzosamente. Se nos fijó para siempre en la memoria la acequia que recorre las calles empedradas, arrastrando un murmullo cristalino hasta el parque de cipreses y cuervos, ubicado en el rincón al extremo final del pueblo.

También quedaron grabados los atardeceres de rayos rojos que se filtran en todas direcciones de la plaza, corazón mismo del pueblo, diluyéndose en las noches de oscuridad apacible y tranquila envuelta en un manto de estrellas.

Dicen que pasada la medianoche sigue apareciendo una llorona por las calles del pueblo. Además existía

aquella alberca, tan grande como un rascacielos acostado, recordando algún misterio y la existencia de los hombres.

Quisimos saber cosas, indagamos a la Doña que tiene que ver con la alberca gigante, dónde podríamos hospedarnos.

En este pueblo no hay hotel o nada por el estilo -nos contestó.

Era una mujer de lentes, madura y hermosa. Sin embargo, nos pidió que esperáramos, que no tardaría, y salió por una puerta trasera. Regresó sonriente y envuelta en unos pantalones.

Pueden quedarse en mi casa. Hay un cuarto con una cama. Para mí sería un honor...después arreglaremos.

Sonreímos, la invitamos a que se sentara con nosotros y charlamos con ella hasta tarde en la noche.

La alberca, nos relató, la construyó mi primer marido. La idea era tener el restaurante para que cuando la gente de Saltillo (la ciudad más cerca del pueblo) llegara los fines de semana, los días libres o en las vacaciones oficiales, huyendo del calor, encontrarán un buen sitio para refugiarse. Como Saltillo es una ciudad tan grande como el calor que hace en toda esta zona, mi esposo pensó que no se le podía negar un espacio en el agua a nadie que quisiera, y por eso construyó esa enorme alberca, con la idea de que nadie quedara por fuera.

Al principio nos fue bien. Pero mi marido bebía mucho. Descuido el negocio y bueno...ustedes ya lo vieron la alberca está vacía.

La gente dice también que la cosa cambió, desde aquel día en que se ahogó la niña de los Garza. Que solo Dios sabe, por qué salió una noche a bañarse en la alberca, y cuando su familia se dio cuenta de su ausencia, entre gritos y dudas la encontraron finalmente flotando en medio de la alberca. Según las malas lenguas, la niña aparece llorando

364 días al año después de la media noche.

La Doña suspendió en ese punto el relato, y nosotros nos fuimos a caminar un rato por el pueblo en sombras. La noche era fresca y silenciosa. Después llegamos a la casa que nos había indicado, y la encontramos parada en la puerta esperándonos. Nos mostró los arreglos funcionales de la vivienda, y nos acostamos.

Al levantarnos a la mañana siguiente, la Doña nos tenía preparado el desayuno. Conocimos en la mesa a su segundo esposo. Era más joven que ella, tímido y retraído.

Desayunó prácticamente en silencio. Al terminar se despidió, rumbo a su trabajo.

Linda y Ana Lucia, que era las personas que me acompañaban, salieron a recorrer el pueblo y la Doña y yo nos quedamos conversando.

Ella retomó el relato donde lo había suspendido la noche anterior.

Mi esposo es hermano de mi primer marido, que murió. He tenido mala suerte con los dos.

El primero me trató bien cuando nos casamos, pero luego se volvió duro. Llegué a pensar que me despreciaba. Recuerdo bien una Noche Buena, me sentí tan rechazada que salí a ofrecer mi cariño a la primera persona que pasara. Vi a un tipo, lo llamé pero cuando se me acercó, lo único que pudo salir de mi fue una sonrisa amarga... ¡que jodida estamos las mujeres!

Un día él, mi primer esposo manejaba borracho, chocó en el carro y después de varios días murió en el hospital de Saltillo.

Yo tuve una recaída muy fuerte-continuó relatando la Doña- y su hermano, mi actual esposo, cuidó muchísimo de mí. Venía todos los días a verme al hospital y después hizo lo mismo cuando me vine a la casa. Cuidó del negocio, hasta mandó a limpiar la alberca, con la intención

de levantar de nuevo la casa.

Después de un tiempo se me hizo indispensable. Una noche llegó en tragos a la casa diciendo, que por Dios que me quería, y que por eso no se interesaba por ninguna mujer, ni por las prostitutas de la Casa Rosada de Saltillo, que a través de los clientes del pueblo habían difundido el rumor de que él “no podía”

Así fue como nos casamos y tuve mi segundo varoncito, que vive con su hermano, en casa de sus abuelos.

Después de los primeros años felices, él se fue quedando silencioso. Los rumores acerca de su hombría se hicieron tan grandes y tan profundos como la misma alberca. Y bueno hoy lo viste, así lleva años, con ese mismo silencio que observaste durante el desayuno. El trabaja en una Farmacia en Saltillo. Casi no tiene amigos y su única pasión es el fútbol.

A veces pienso –siguió diciendo la Doña- que quizás le remuerde la conciencia, de haberse casado con la viuda de su hermano mayor, o quizás extraña más de la cuenta a nuestro hijo que vive en la casa de mi suegra. Pero en realidad no sé qué pasa porque llevo cinco años sin poder sacarle las palabras.

La Doña se quedó en silencio por un momento, con la mirada triste y distante. Luego se levantó, entró a su cuarto y retornó con unos libros y revistas en la mano. Me los entregó invitándome a que los leyera y salió con una sonrisa irónica, con dirección a la alberca. Me había dejado cuatro revistas Play Boy, un par de novelas de bolsillos y Justine del Marques de Sade.

Cuando regresamos de Artega a la ciudad, Linda, Ana Lucia y yo, le compramos un regalo y lo enviamos por correo. Nunca supimos cual habría sido su alegría, cuando abrió el paquete y vio “Cien Años de Soledad”.

XIV

VIAJE ASTRAL

Cordelia-

-Sí mamá

-You get everything (conseguiste todo)

-Sí mamá

Cordelia era una niña bonita, tenía una piel negra y trenzas largas y gruesas. Como apenas empezaba a “desarrollarse”, siempre que alguna persona mayor o algún muchacho le decía algo, sonreía y después agachaba la cabeza, con la típica sensación de vergüenza e ingenuidad de las mujeres negras en su período de pubertad. Sobre todo entre aquellas que crecen en medio de una familia de firme moral antillana, conservadora y religiosa, pero con un sentido práctico de lo que es bueno y lo que es malo para salir bien en la vida.

-Go an pick the rice- (Ve a espurgar el arroz)

-Ya voy mamá.

Cada vez que su madre le hablaba a Cordelia en inglés ella siempre respondía en español. Siempre fue así, a partir de la generación de Cordelia. La comunicación entre las generaciones era bilingüe, aunque uno hablaba inglés, el otro siempre respondía en español. Los maestros se encargaron de propagar la idea de que el idioma panameño

era español y el idioma inglés verdadero era el que hablaban los gringos. Los chombos no hablaban español y menos, inglés. Lo que utilizaban era esa cosa malhablada que poco a poco se convertía en un estigma que después se asoció con el olor a grajo. Y hablar ese inglés de chombo era tener olor a grajo, y tener olor a grajo era no oler como panameño. La gente joven poco a poco fue renunciando a la lengua que usaban en sus casas.

Finalmente, todo se hizo normal, los padres empezaron a decirles algunas cosas también en español, sobre todo cuando eran cosas cariñosas o elogios. Cuando se disgustaban las voces se tornaban rabiosamente westindian “god damitt to hell-buay”.

Los momentos más difíciles eran cuando los padres tenían que ir a la escuela a ver el progreso de los muchachos en los estudios, o el día que tenían que recoger los boletines. Los hijos de antillanos, como Cordelia, sufrían porque si algo iba mal, entonces los padres delante de todos les llamarían la atención en el inglés de la casa y la vergüenza sería doble. Algunos acudientes más observadores se daban cuenta de la cara que ponían los maestros cuando regañaban a sus propios hijos en inglés, y se limitaban a contestar, si... bueno, y se despedían de sus hijos con una mirada que significaba ya hablaremos cuando llegues a la casa.

Ni Cordelia, ni la mayoría de los muchachos negros antillanos, entendían bien la cosa, porque a pesar del rechazo al inglés, tenían entre sus asignaturas una materia que era inglés, enseñada por un tipo Ramírez que no hablaba inglés como hablaban los gringos, y tampoco lo hablada como lo hacían sus padres para comunicar y nombrar todas las cosas. Además, recordaba que cuando salía los sábados con su madre a la Avenida Central y entraba a un almacén, los vendedores ofrecían las cosas

en inglés y los Indostanes preguntaban What you want?

Cordelia vivía en Calidonia, atrás del edificio de al lado del Teatro Victoria. Y sabía entonces que en todas los cines, la gente en la películas hablaban siempre inglés y que nadie podía asociarlos ni sentirles el olor a grajo. Algo le pareció que no tenía sentido.

A sus 12 años Cordelia llegó a la conclusión de que era necesario inventarse un cuento, trazarse un destino imaginario. Así se metió de lleno en todos los pasquines de "Wonder Woman" (la Mujer Maravilla) que llegaban hasta sus manos. Se sentía heroína, dueña de un avión transparente, de un lazo cibernético y una pulsera ultra magnética. Y soñaba con sus pantaloncitos cortos llenos de estrellas blancas. Tanta era su fantasía que un martes de Carnaval, se paseó orgullosa en medio de las carrozas y comparsas vestidas de Mujer Maravilla, ante la curiosidad y el aplauso de la gente. Pronto se dio cuenta que no valía la pena ser la Mujer Maravilla, si no se tenía un avión transparente, ni los poderes para atrapar a los criminales que no había visto nunca. Así se inventó un nuevo sueño, viajó por todos los países del mundo, caminó en la nieve de la Ciudad de Nueva York, y cabalgó en un caballo en medio del desierto, por allá por el Medio Oriente, sonreía cuando era atendida por geishas en Asia, cuando tocaba una flauta que hacía aparecer de un cesto a una enorme cobra en la India.

Después de ser Mujer Maravilla, entendía que iba a necesitar mucho dinero. Sabía que si lo juntaba trabajando sería muy vieja para disfrutarlo como lo decía el sueño.

De todas maneras y mientras daba con el remedio, empezó a ahorrar amarrando en un pañuelo toda moneda que le regalaban. Si le daban diez centavos para la "cosita" en el recreo, se gastaba cinco y guardaba los otros cinco.

Como no vivía muy lejos de la Escuela República de China, cuando las tardes eran secas, regresaba caminando sola y soñaba con la dicha de volar, con las gentes y lugares que algún día conocería.

Un miércoles de Ceniza, Cordelia regresaba de la Iglesia, con una cruz pintada en plena frente, dispuesta a no lavarse por nada la cara, hasta que la cruz desapareciera por sí sola, cuando en el camino fue detenida por una señora negra vestida de rojo, la cabeza amarrada por un turbante. La mujer miró fijamente a los ojos de Cordelia, que no supo entender lo qué empezó a sucederle en ese momento. Las manos de la mujer se fueron derecho al rostro de Cordelia y la cruz en la frente desapareció. La mujer sonrió y le entregó a Cordelia un sobre. Y antes de que la niña recobrara el aliento delante de ella, la mujer había desaparecido, de la manera como dice la leyenda que lo hacía Peter Williams, el famoso Robin Hood panameño.

Cordelia tomó con las manos temblando de la emoción el sobre.

Algo le decía que en el sobre estaba la respuesta a su locura apasionada por viajar. Exactamente siete días más tarde, una noche cuando todos en la casa dormían, Cordelia se refugió en el baño y empezó a leer lo que había en el sobre.

Hola - Bienvenida.

Efectivamente, si usted hubiese abierto el sobre un día antes de esta fecha, no habría encontrado nada. Porque está escrito con una tinta visible solo a los siete días.

Sabemos que usted tiene una loca afición por conocer lugares, por viajar. Si usted desea viajar más que cualquier otra cosa en el mundo, nosotros lo ponemos a viajar, pero no habrá retorno. Si acepta escriba en el espacio en blanco: acepto, y aparecerán siete días más tarde las

instrucciones que deberá seguir. Mientras usted espera, no deberá comunicar su experiencia con ninguna persona porque de hacerlo, no se revelarán las instrucciones. Mientras espera los siete días., no deberá comer carne, tomar bebidas alcohólicas, ni café. Comerá frutas, pan y té de jazmín. Comerá siete uvas por las mañanas y siete antes de dormir. Conseguirá una flor diferente todos los días y la tendrá entre sus manos de seis a siete de la tarde, la observará detenidamente en cada uno de sus detalles. Y cuando se acueste a dormir cada noche, con todas las luces apagadas volverá a concentrarse en los detalles de la flor hasta poder verlas nuevamente, como si tuviera la flor entre sus manos.

Pasado los siete días, Cordelia volvió a abrir el sobre y encontró las nuevas instrucciones:

1. Consiga siete velas de vaso blancas.
2. Obtenga un espejo que sea del mismo largo y ancho de su cuerpo (en posición vertical con las manos extendidas junto al cuerpo, tiene siete días para lograrlo).
3. Una vez que tenga el espejo, inicie su primera sesión el día 7, 17 ò 27 del mes en que se encuentre.

Inicie la sesión sola siete minutos después de la media noche. Recueste el espejo contra una pared de la habitación, consiga un asiento que le permita aparecer sentada en la mitad del espejo. Forme un círculo con las velas dejando una vela en el centro. Prenda las velas. Cierre los ojos, mientras que se decide por el sitio donde le gustaría ir en el viaje astral. Identifique algún lugar o detalle cotidiano que sea propio del lugar. Abra los ojos, apague las velas y deje únicamente la vela del centro. Observe fijamente la vela a través del espejo. Luego concéntrense por 77 minutos en sus propios ojos.

Esa noche Cordelia inició su primer viaje, desde entonces nadie ha podido volver a encontrarla.

-Cordelia, you see everything...Yes mama. (Cordelia, puedes ver todo ahora...Sí mamá)

XV MATÍAS

Marta y Matayas...

Matayas o Matías, Mataaas, Mataayaas...

Cada quien llamaba al negro como se le antojara.

Habían caminado ya un largo rato por el pueblo. Sabían que el mar estaba cerca, pero no dieron con la playa y a la una de la madrugada las casas eran como dibujos de niños, quebrados o inanimados. Ni una sola persona despierta. Así pasa en los lugares de gentes trabajadoras.

Marta y Matayas habían decidido salir de su refugio, para no hacer el amor nuevamente... Otra vez, de nuevo. Su pasión era como una cámara de gas con paredes llenas de flores. No podía ser de otra manera, él era un negro educado, y ella una convencida de los derechos humanos.

Ella aborrecía los convencionalismos, las trivialidades, las mujeres sumisas y las personas que discriminan.

Antes de que hicieran por primera vez el amor, coincidieron en la importancia sociológica de Franz Fanon y los Condenados de la Tierra, en el triste final de los Panteras Negras, en la necesaria vuelta a casa de Ángela Davis, en la importancia cultural de los Congos de Portobelo y en las limitaciones de Acción Reivindicadora del Negro Panameño. (ARENEP).

Después de caminar juntos esa noche, se habían cansado y decidieron regresarse al refugio, cada quien por caminos diferentes. Después de andar incierto entre la oscuridad y las casitas inanimadas, escuchó claramente el grito de Marta, llamándolo por su nombre. Se dio cuenta entonces, que nunca ella y él habían hablado de fantasmas, magia o parapsicología, y que tampoco sabía la opinión de Marta acerca de las violaciones. Por lo regular, las mujeres inteligentes sostienen que frente a la posibilidad de ser violadas, la mejor arma es ofrecerse a cooperar con el violador, porque eso le crea un shock psicológico que orgánicamente lo desarma.

Matas empezó a moverse más rápidamente en la dirección de los gritos de Marta. Lejos pudo divisar un intenso resplandor rojo. Sería eso lo que asustó a Marta? Apresuro el paso hasta quedar frente a una vereda que bajaba de una enorme casa blanca, rodeada de pasto y palmares.

Los enormes reflectores rojos caían en diferentes ángulos sobre las paredes de la casa. Empezó a subir lentamente hacia el lugar y a medida que se acercaba, distinguía con más claridad las voces que parecían conversar amenamente.

Al fin había penetrado la casa. Entró en una enorme sala vacía, piso de madera impecablemente limpio, y un enorme candelabro colgando en el centro del recinto.

Al fondo divisó un piano, tan limpio como el piso encerado de madera.

Atravesó la sala, hasta llegar al piano. Se sentó en el banquillo. Bastaría solo tocar una nota, para que Marta lo escuchara, reconociera sus manos y saliera del lugar de donde estuviera oculta.

Colocó los dedos sobre las teclas, haciendo que estas

dejaran escapar un LA que prolongó en el tiempo con los pedales. Y en lugar de ella, apareció un individuo encapuchado. Repitió dos veces la misma operación, y en lugar de Marta siguieron apareciendo encapuchados que se dispersaron en silencio por todas la sala. No decían nada. No pronunciaban sonido alguno, pero Matas, Matayas, Matías, Mataas, sentía la fuerza de sus miradas cayéndole como reflejo incandescente sobre todo el cuerpo. Comprendió en realidad lo que estaba sucediendo. Sus manos volvieron entonces al piano, y empezó a tocar, rememorando a Thelonius Monk, mientras se transportaba a los pasajes de "Color Púrpura" del sur de los Estados Unidos. Sabía que no saldría de allí vivo. Tocaría esa noche su última melodía. "Fast Jazz" el ritmo rápido y caliente, jadeante como los latidos del corazón, frente a los encapuchados que se acercaban lentamente al piano.

Y cuando Matas alcanzó la última nota, los encapuchados descubrieron el rostro. Todos eran iguales, eran doce veces Marta.

Al día siguiente los periódicos traían el siguiente titular, familia honorable residente en un Barrio Exclusivo de la Ciudad, disparó contra peligroso antisocial que penetró a su residencia con intención de robar, causándole la muerte.

XVI

MUISNE

Pancho había tenido la misma niñez de toda la gente de la Isla. Quizás con algunas pequeñas diferencias, como quien dice: la televisión, la luz eléctrica y la máquina aplanadora.

En todo caso, se había tratado siempre de la misma rutina: caminar todo el día, cruzar por los menos cinco veces a la semana, de una orilla a otra del río, comerse por lo menos dos zapotes diarios, contemplar a los mayores regar, al sol, las pepitas de cacao; encontrar a Don Pepe “jumao”, en paz, sin molestar a nadie; escuchar sin comprender mucho los discursos floridos de políticos que llegan a la Isla antes de las elecciones con una enorme red, para pescar votos; o bien, aburrirse en la escuela que por olvido de las autoridades aún no ha podido tener ventanas.

Así era su afán de ciudad, Muisne el pueblo de la Isla; con su redondez de amplias playas y dos edificios lujosos de la Municipalidad, por donde parecía filtrarse las influencias del mundo moderno

Redonda también era la Plaza Central de la Isla –oráculo del pueblo- en donde la existencia pasaba forzosamente un tiempo.- Por eso la habían situado en el centro de la Isla y al frente de los edificios Municipales, en donde, sentado en

una ventana, trabajaba el escribano del pueblo, cuya tarea era justamente ir relatando los pasajes de cada miembro de Muisne, ocurrido en la Plaza.

Tal era la perfección del escribano y el tiempo dedicado a esa labor, que ya conocía de sobra, el significado de los gestos, y registraba conversaciones, con la lectura de los labios, agrandados bajo el prisma de sus binoculares, obsequio de un Lord inglés que alguna vez visitó la Isla.

Amores, despechos, intentos infructuosos de abandonar la Isla y progresar en otras latitudes, eran las categorías de los principales testimonios levantados por el escribano. Pero ocasionalmente algunos incidentes extraordinarios de participación colectiva, como aquel martes cuando llegó a la Isla por primera vez la televisión. Fue un día feriado, porque nadie se hizo a la mar y el mercado estuvo vacío. Nadie cargó en la Isla un solo bulto, como era costumbre diaria. No se recogieron los cocos secos, ni se regaron en el piso las pepitas de cacao. Desde temprano hubo fiesta para recibir el aparato de televisión. Ningún bote cruzó al otro lado del río, para que a la Isla pudiera llegar algún extraño, algún intruso.

Muchos campesinos de tierra firme se quedaron con las ganas de conocer la innovación. La fiesta era exclusiva de la Isla. Incluso Don Plácido, el jerarca del pueblo, estaba de acuerdo y con ese gesto logró que la gente le mostrara alguna simpatía, aunque las paredes hablaban en otro tono, describiéndolo como político mentiroso y aprovechado.

Cierto era que en la Isla, las paredes comunicaban sentimientos íntimos del pueblo, y uno de pronto sorprendía pensamientos desteñidos por el tiempo, como las expresiones de rechazo a los Mormones, que en un tiempo habían intentado penetrar la Isla.

Llegó entonces entre la algarabía y los mejores trajes de los moradores de Muisne la televisión, justamente el día en que empezaba en las tierras de Eloy Alfaro la primera Telenovela Venezolana. Y Don Plácido mandó a poner en la Plaza, ocho aparatos de tamaños diferentes y con ocho marcas distintas, y el pueblo se dividió en ocho grupos, que durante ocho noches estuvieron siguiendo con el mayor asombro, el mundo completo que les retransmitía la televisión. Y cuando ya los tenía capturados, Don Plácido mandó a retirar de la Plaza los aparatos, y los puso a la venta con otros 24 que había adquirido de contrabando, con dinero de un partido político, como parte de la campaña electoral.

Ante esa actitud desmedida, recrudeció el odio a Don Plácido, y las paredes hablaron con palabras más claras y agresivas.

De todas maneras, la llegada de la televisión había marcado un momento memorable en la Isla de Muisne diferente a sus correrías diarias. Por lo menos había logrado romper temporalmente el aburrimiento permanente que reinaba en la Isla. Las mismas gentes, las mismas conversaciones, los mismos atardeceres, las mismas cosas de comer en los mismos recipientes, en las mismas proporciones, a la misma hora, en los mismos días.

El aburrimiento hasta la ignominia.

Como ocurrió con la mayor parte de los individuos de Muisne, Pancho llegó a la adolescencia, le cambió la voz, el cuerpo se le puso duro, le cambiaron sus pantalones cortos por unos largos, y le tocó con sus compañeros de infancia, reemplazar en la refresquería a la generación anterior de adolescentes, ahora hechos hombres, quienes habían reemplazado a los adultos, ahora convertidos en viejos.

Aprendió a manejar la lancha, para reemplazar a los adultos cuando el tiempo le impusiera esa responsabilidad y compromiso. Aprendió a tejer viviendas de bambú, para construir la suya en el momento en que el tiempo y la tradición le impusieran mujer y familia. Y ocupó parte de su tiempo durante las noches en la Plaza, decidiendo si le convenía Chela o Graciela, chola una, prieta la otra.

Fueron los tiempos en que él y sus amigos le dedicaron muchas horas a la playa, nadando en los mismos sitios, jugando en la misma porción de arena, durante las mismas horas, el mismo juego de balompié.

Tampoco pasaba nada, solo uno que otro muerto en el pueblo, que obligaba a sacar de los armarios los antiguos vestidos negros, y ver repetirse los sermones. Los muertos eran enterrados en el cementerio, el único espacio rectangular que se conservaba en el pueblo.

Todos los espacios eran redondos, las cercas de las casas, el trazo de las calles, la forma de la iglesia, la entrada del muelle.

Los entierros eran una especie de acontecimiento que por raro, especial; eran una de las pocas oportunidades que la gente de la Isla tenía para llorar. Nunca se lloraba en la Isla. Pero en estas ocasiones se lloraba durante nueve días y nueve noches y terminado ese tiempo, nuevamente todo era motivo de risa, costumbre en Muisne.

Entre chiste y risa la Plaza se volcaba en comentarios y anécdotas sobre formas y estilos de llorar. Y salían de las memorias los llorones espectaculares y la gente que vivió en el pasado y la forma cómo desaparecieron para siempre de este mundo. Una cosa se decía, que no hubo nunca nadie nacido en la Isla que muriese fuera de ella.

Aun las personas que habían logrado salirse del círculo e irse a vivir a otras partes y alcanzar éxito y fortuna, como el

Licenciado Ortega que fue Vice Ministro de la Presidencia, no se sabe por qué razón, siempre habían vuelto a ella. Esta magia de la Isla era una incógnita sabrosa, que le prolongaba la vida a muchos viejos que esperaban en un silencio cómplice, que alguien regresara a la Isla a morir antes que ellos, como para estar convencidos de que no se había roto el encanto, lo que según mucha gente era la mejor garantía de quien finalmente se ganara sin remedio el cielo.

Y seguro, que si después de la vida, había penas y castigos, premios o recompensas, la gente de Muisne, no tendría ningún problema, porque para decir verdad en la Isla no había mucho lugar para castigos, robos, odios o rencores. Vivían tan lejos y tan distantes que hasta el diablo les había dado las espaldas.

De lo único que se podía acusar a la gente de Muisne es de tedio y eso no está penado por las leyes divinas.

Quizás por eso los nacidos en la Isla regresaban a morir en ella, como perdón y correctivos a las debilidades que son propias del mundo fuera de la Isla.

Pancho entonces se hizo hombre, y como todos los que llegaban a esa fase de su vida en la Isla, regresó nuevamente a la Plaza, el oráculo, buscando nuevamente el mejor de los caminos. Ya anteriormente se había equivocado, siguiendo las voces de la Plaza, que eran voces de los espíritus, no malos ni perversos, porque en la Isla no los había, sino burlones. Había escogido como mujer a Chela, (aunque a la que él realmente quería era a la prieta Graciela), con la que ahora estaba dispuesto a irse a probar fortuna, fuera de la Isla, a la gran ciudad de Esmeraldas.

En la Plaza, el solo rumor de que alguien pensara marcharse, se convertía en el aliento que mantenía viva las voces hasta bien avanzada la noche. Despertaba temprano

a todo el mundo, y como movidos por la misma curiosidad, que todos trataban de ocultar, volvían desde la mañana a la Plaza, con un “buenos días” que significaba algo así como, pensaste bien en la cosa, soñaste alguna visión del futuro.

Al final de cuentas Pancho se marchó una noche, cuando todo el pueblo dormía. Llego a Esmeraldas, donde empezó a trabajar como albañil y termino como vendedor ambulante, porque una discusión con un cliente en torno a precios lo llevó por primera y última vez a la cárcel.

Al tercer día de los treinta que tenía que cumplir, escuchó a un camarada de celda cuando filosofaba en voz alta: “Lo mejor es meterse a la policía o al Ejército, así nunca se tiene problemas con la ley, porque uno se convierte en la ley y como la ley nunca se aplica al que la ejerce, entonces, uno se vuelve algo así como un legislador o diputado, inmune. Uno entonces cubierto con el uniforme, puede pecar, cometer cualquier fechoría, porque nadie va a pensar que uno, representando la ley, es el primero en quebrarla, y al final de cuenta, si a uno lo sorprenden es la palabra de la ley, y esa no puede discutirse, porque la ley debe ser siempre la razón, la ley es siempre la verdad. Y como esa mentira tiene que mantenerse siempre como la verdad, aunque los superiores comprueben que uno cometió una fechoría, entonces lo único que hacen es ponerle a uno dentro de los cuarteles algunas sanciones leves, porque hay que cuidar la imagen de la ley, y si a uno lo botan, todo el mundo se daría cuenta de la mentira, así es que, lo mejor es ponerse un uniforme.

El razonamiento del otro preso le pareció tan lógico y atractivo que le quedó dando vueltas en la cabeza, y ni siquiera se dio cuenta de cómo y cuándo habían transcurrido los 27 días restantes de su cautiverio.

Así, el día que salió de la cárcel, se presentó a la estación

de policía a solicitar trabajo. Como era mestizo, alto, fuerte y además sabía leer y escribir lo pusieron a prueba. Meses más tarde uniformado y todo, dirigía el tránsito en una esquina del Centro de Esmeraldas.

Dos años después, empezó las gestiones para que los trasladaran a su Isla natal. Su solicitud sin embargo fue negada, porque la Isla de Muisne contaba ya con una docena de agentes de tránsito y era imposible justificar el nombramiento de otro nuevo, tendría que esperar a que un accidente o cualquier acto infortunado creara una vacante.

Al tercer año de la espera, murió ahogado uno de los doce agentes de tránsito de Muisne y Pancho alistó sus pertenencias y volvió a la Isla. Desde entonces continúa viviendo, observando con una sonrisa, a los niños corretear como él, hace muchos años atrás lo hizo, a los adolescentes iniciarse en la vida como él lo hizo, a los hombres naufragar, como afortunadamente él no hizo, y a los viejos sentados esperando, que de la bodega situada a un lado del mercado saquen una caja ya medida y calculada, caliente para recibir su cuerpo inerte. Mientras tanto nada pasa, en el Pueblo que está a espaldas del demonio. Solo el aburrimiento cual ángel exterminador.

XVII

EL GENERAL Y LA DAMA OLOROSA

Habían pasado 28 años desde que Próspero Iglesias se infundó la indumentaria militar para iniciar el recorrido de las carreras, las marchas, los firmes, los altos y asaltos. Desde un principio sintió llevar adentro el sentido de la autoridad y pensó que para poseerlo tenía que obedecer. Fue obediente, su conducta fue intachable.

Rápidamente logro ganarse la simpatía de sus compañeros y sus superiores; pero también la envidia y enemistad de otros, que le propinaban toda clase de molestias, para procurar romper con su vida ordenada. Le hacían invitaciones para ir a los recorridos de alegrías en sus días libres, pero él, prefería utilizar esos momentos para lustrar sus botas, escribir a su abuela de 86 años que nunca supo si las cartas le llegaban porque jamás recibió contestación. Sólo cuando ya era capitán, le llegó un comunicado de las autoridades municipales del poblado de Puciano, informándole sobre la muerte de su abuela tres semanas atrás. Ella le había dejado una pequeña casa sin puertas, sin ventanas y casi sin las paredes, además de dos gallinas, y un perro. Leyó el mensaje y sus ojos

se humedecieron. Mandó un telegrama a los buitres municipales; a cambio de los bienes heredados, pedía cristiana sepultura para su abuela, y 500 pesos para pagar el trabajo. Esto es para el ataúd que deberá ser de color rosado, el color preferido de la Abuela Pita.

El resto de su tiempo libre lo utilizaba para jugar solitario con unas barajas españolas que alguno de sus compañeros le había regalado en uno de sus marciales onomásticos. Nunca resolvió un juego, pero la esperanza de hacerlo lo entretenía. Cada noche, antes de conciliar el sueño, acostado y con los ojos abiertos, soñaba con el día de su gloria, ¡él en la cima!...rodeado de los altos mandos, recibiendo bendiciones y saludos, con sus hombros llenos de estrellas y su pecho repleto de medallas. Pero lo que más lo estremecía era ver a las damas de mayor alcurnia rendirse ante su personalidad heroica y viril. Pensaba entonces en el color de los ojos de sus amantes, hizo mezclas infinitas de colores. Estas cosas acolchonaban su sueño y las repasaba una y mil veces. A las cinco de la mañana lo despertaba el silbido de una corneta y los movimientos torpes y bruscos de los soldados que se levantaban a continuar con sus diarias sesiones de entrenamiento.

Su ascenso fue rápido, tan veloz que él mismo no podía creerlo, sin embargo, nunca se impresionó demasiado con ello, ni alteró su conducta intachable como militar, sino que procuraba realizar todo con mayor empeño. Pensó que algún día un movimiento certero como el que él había estado experimentando, lo llevaría rápidamente a su límite, y entonces se detendría allí, estancándose. Mas no le dio mucha importancia, a ese pensamiento, se sintió satisfecho de ser el único entre sus compañeros que en cuestión de tres años era Capitán, ¡ya impartía órdenes a un grupo considerable de la tropa! Se sintió complacido

y decidido a continuar. Algunos años más tarde ya era Mayor, luego Coronel y por fin el General Iglesias.

No estaba del todo conforme, por un lado había penetrado el mundo de los modales finos, las indumentarias importadas y caras, los cristales cortados, los banquetes suculentos y las narices frías. Conocía a los políticos y gentes importantes.

El General Iglesias – Es todo un placer... Mire Don... este es el General Iglesias.

Por otra parte como era alto, fuerte y bien parecido, gozaba de la simpatía de las esposas y amigas de los personajes ilustres, que aprovechaban la menos oportunidad para insinuarse indiscretamente. El nunca perdió la calma, siempre sonreía con singular franqueza y alegría, quizás para ocultar un poco la falta de condecoraciones en su pecho. Pensó que era necesario que surgiera algún conflicto para que demostrara sus conocimientos, su heroísmo y recibir la imposición pública de varias órdenes y condecoraciones. Pero no había ni un caudillo, ningún brote revolucionario, nada.

Pensó entonces en crear una guerra de guerrilla. Para ello decidió que podría utilizar a los presos que ya tenían mucho tiempo en las cárceles, que no eran frecuentemente visitados y que además resultaban de poco interés para nadie, o quizás olvidados, habló con el Carcelero Mayor a ver cuántos guerrilleros podría obtener, éste le respondió después de algunas semanas que alrededor de 150.

Los ciento cincuenta fueron transportados a una región del Norte del país; una vez allí, se les entregaron rifles sin municiones, y se les mantuvo vigilados, cercados por cuatro días, mientras la noticia de subversión se difundía por la prensa y la radio, lo mismo que la participación personal del General para sofocar el brote de los rebeldes.

Sonriente y acompañado de tres batallones de más de cuatrocientos hombres cada uno se despidió para ir a la empresa.

Llegó a las doce del día al sitio en donde habían mantenido con su habitual dieta de pan y agua a los reos. A las dos se dio la orden de fuego, aunque no fue a quemarropa la mayoría murió, casi treinta resultaron heridos, y cinco fueron capturados, aunque por razones de seguridad nunca se publicaron sus verdaderos nombres, ni aparecieron sus fotos en los diarios.

El General fue recibido en forma gloriosa, obtuvo muchas condecoraciones, y algunas amantes.

Se podía decir que era el personaje del momento, su fortuna también creció considerablemente.

Dos años más tarde cuando su éxito empezaba a enmohecerse, decidió repetir la operación, pero esta vez los guerrilleros fueron menos porque los familiares de algunos de los primeros habían reclamado a sus presos, y sólo por disposiciones enérgicas se les convenció de su muerte, o que seguían incomunicados, o que habían sido trasladados a alguna Casa de Risa o manicomio en otro estado.

La segunda campaña del General fue menos exitosa, y los problemas del Carcelero Mayor fueron más graves. El General solamente recibió siete medallas y su fotografía solamente apareció una vez en los diarios. Conquistó ahora solamente un par de mujeres, menos hermosas de las acostumbradas. La noche de la celebración para ahogar su frustración el General Iglesias comió con el licor y las mujeres muchos excesos.

A la mañana siguiente se levantó con la cabeza pesada y enormes ojeras y por un instante pensó que había alguien al otro lado del espejo. Cerró los ojos y los volvió a abrir

-Dios mío- su sorpresa fue doble. No daba crédito a lo que veía reflejado en el espejo, y era la primera vez que Dios había brotado de sus labios. -maldijo ambas sorpresas- y salió resuelto de aquel lugar.

El momento había hecho su aparición, necesitaba descansar, tener una esposa, una mujer diferente. El domingo la buscaría.

Llegó el domingo y Próspero, el General, se levantó temprano, le dijo a Sofía su empleada de confianza, que le preparara el baño, el desayuno, uno de sus uniformes y que seleccionara de las condecoraciones más vistosas quince para utilizarlas siete del lado derecho y ocho sobre su pecho izquierdo. Ella sonrió y dijo -si General-

Eran las diez y cuarenta y cinco cuando el auto con placas oficiales rodó hacia fuera del garaje. Al volante y perfumado al igual que erguido, el General se dirigió a la Iglesia del Sagrado Corazón, situado en una lujosa Zona residencial. Manejó lento y sereno, haciendo poco caso a las luces rojas.

Su rostro era tan conocido que nadie protestó, al contrario después de sus primeras reacciones la gente le enviaba una sonrisa de respeto y admiración.

Entró por tercera vez en su vida a una Iglesia, no supo que hacer, pensó momentáneamente en salir, entonces recordó el objetivo de su visita y se quedó parado frente a la puerta con su kepi debajo del brazo y su cabeza clavado sobre el piso, por respeto y aburrimiento. Momentos después sintió algo frente a él. Levantó la vista y vio a un cura sosteniendo una canastilla con algunas monedas en ella. Este movió insinuante la canastilla, acompañándolo de una mirada interrogante al General, que extrajo de una de sus bolsillos su cartera, y de allí dos billetes de a cien cada uno y los depositó indiferente en la canastilla. El

Cura, inclinó su rostro en señal de gratitud el General lo observó sin expresar nada, y el Cura prosiguió su marcha. En el momento en que se detuvo, introdujo su mano para tomar los billetes que había puesto allí el General, sintió su muñeca aprisionada. El Cura volteó sorprendido pero sin decir palabra alguna. Detrás de los gruesos anteojos se observaban sus ojos desorbitados y Próspero Iglesias tomó con la otra mano los billetes que había depositado y los metió en su bolsa, al tiempo que se inclinó para decirle al padre en el oído -no vine aquí para regalar dinero, ni hacerme pendejo, vine a buscar una esposa-

El cura estaba temblando cuando el General lo dejó en libertad, el rostro pálido con gotas de sudor, no se dio cuenta cuando la canastilla rebotó en el suelo, y las monedas se dispersaron por todas partes. El padre que dirigía la misa, dejó caer la ostia, los fieles no supieron en qué dirección mirar, entre tanta confusión, si a la ostia que yacía en el suelo, o al cura que había dejado caer la canastilla y que permanecía inmóvil y del mismo color blanco de su sotana, pero la confusión aumentó cuando los fieles reconocieron al militar que se encontraba a algunos pasos.

El General sonrió, y se agachó, recogiendo las monedas que fue encontrando, siguió en la tarea cuando unos tacones soportando dos piernas de mujer pasaron frente a su rostro. Dijo -“Allí está”- al mismo tiempo en que le extendía al cura todavía inmóvil la canastilla con el dinero, se levantó y espero a que la misa terminara.

La dueña de aquellas piernas se levantó junto con una anciana y una señora ya bastante madura por sus cabellos grises, y caminaron rumbo a la puerta en medio del gentío que abandonaba el recinto.

Al pasar junto al General, ella levantó la vista y lo miró fijamente... ya estaba decidido.

Tres meses más tarde se unían en matrimonio Patricia Vasconcellos, virgen de 28 años, educada en la más prestigiada institución educativa. Devota de la Virgen María y de la Caridad, asistente a misa todos los domingos y fiestas de guardar. Fina, bien educada, con alta estructura de valores. Próspero estaba feliz, decidió ir a Hawaii de luna de miel, entre llantos de la madre y abuela de Patricia, Próspero logró arrancarla y llevarla rumbo al avión. Su luna de miel fue un tremendo éxito para Patricia y un descubrimiento para el General que ya contaba con 49 años de edad.

El General tuvo que reducir a solo veinte días su luna de miel porque las exigencias sexuales de su esposa fueron tan grandes, que entre el cansancio y los estragos del tiempo, pensó que era mejor regresar con su condenada ninfa.

Cuando volvió pensó en organizar otra guerrilla, que lo mantuviera ahora ocupado por dos o tres meses, fuera de su hogar; pero los familiares de los presos no tolerarían nueva pérdidas.

Se sintió más viejo entonces. Se decidió por la abstinencia sexual con su mujer, y en cambio, se volvió cliente esporádico de un burdel. Patricia regresó a vivir con su madre, y su dieta sexual empezó a hacerla perder su apetito y a perder la esbeltez y hermosura de su figura.

Próspero Iglesias comprendió entonces que a los 52 años la historia de su virilidad había alcanzado su capítulo final y con ello su gloria militar.

Franky

Los muchachos del barrio lo vacilan cuando pasa, y las viejas antillanas comentan unas con otras que se volvió "cuco". Era la explicación más sencilla para un tipo que todo el mundo veía desde las seis de la mañana, sentado en la parada de buses, con un libro metido entre cejas, sin que nada ni nadie pudiera distraerlo. Qué más se podía pensar de Franky, que con el pelo largo y enredado, las barbas tupidas y la ropa muy pocas veces limpias, interrumpía su lectura sola para dar largas caminatas por la Vía España, sin que nadie supiera donde iba, ni de dónde venía.

El Odio

Pedro y George habían sido vecinos por más de cincuenta y cinco años... ¡Como es la vida! Ninguno de los dos se lo había propuesto, pero allí estaban, uno al lado del otro, aunque separados por un conflicto heredado de sus propios abuelos.

Ninguno de los dos sabía, ni encontraba razón para el odio que se tenían, pero allí estaba; cada vez que se escuchaban las voces el uno al otro allí estaba. Cada vez que se sentían los pasos allí estaba. Se tenían tanto odio, que ninguno de los dos parecía capaz de amar a nadie.

Sentenciados

Estuve muchos años libre en el campo; recuerdo los días asoleados de verano, cuando el cielo se muestra entero, limpio, con nubes que la emblanquecen en pequeñas parcelas. Aguanté muchos días de lluvia, cuando el río perdía la calma, y se embravecía como gente, arrancando cosas, y llevándose todo lo que le salía al paso. Cuando me hice grande puede divisar el pueblo, sorprendí a los hombres saliendo de sus casas temprano en la mañana con el machete en la mano y el destino reflejado en los ojos. Los vi alejarse día a día, con la mula, copiando la huella de sus pasos, regresando después con los fardos de comida, extraída de la tierra durante todo el día. Los vi amarse, nacer y llorar cuando moría alguno. En mi regazo se hicieron promesas de amor, y se contaron las penas y los sufrimientos de los que se fueron del pueblo en busca de fortuna en otros lugares.

9 de Enero

Yo estuve presente aquél nueve de Enero... Estaba de vacaciones en Panamá, visitando a mi familia..... Sin embargo, los otros empezaron a retar mi amor propio, recordándome que de todas formas yo seguía siendo panameño, a pesar de vivir en Carolina del Norte y pertenecer a la Fuerza Aérea del país de los Morgan y Rockefeller. Tenía que ir...